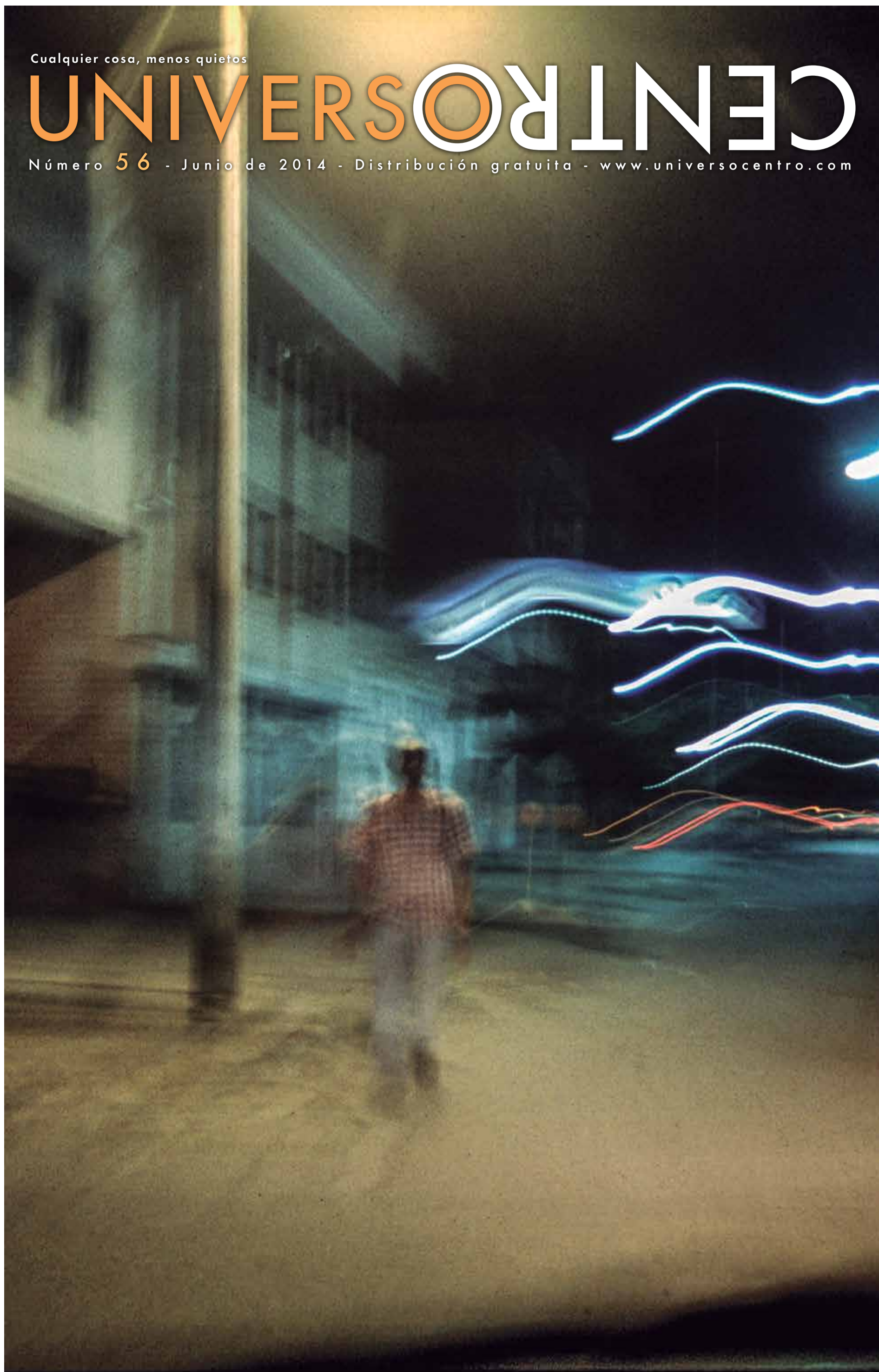


Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 56 - Junio de 2014 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)





5

Después de la tempestad no viene la calma

6

Eatonville

8

Marea de cartas

11

¡Putá guerra!

12

Ese bocado sabroso

16

Notas alrededor del culo

23

Las Patronas

## UNIVERSO CENTRO

## Publicación mensual

## DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

## EDITOR

— Pascual Gaviria

## COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaria Bedoya

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

## DIRECTOR COMERCIAL

— Alejandro López  
comercial@universocentro.com

## DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

## CORRECCIÓN

— María Isabel Naranjo

## ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la  
Corporación Universo Centro

Número 56 - Junio 2014

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

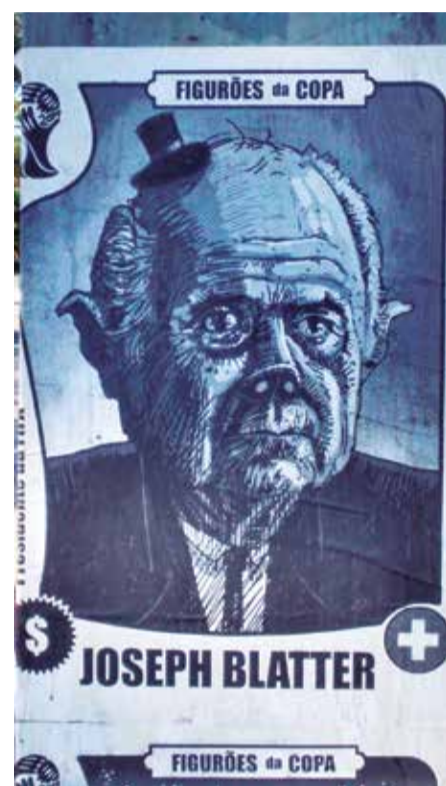
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Luego de la primera ronda no están claras las definiciones. Hemos renunciado a la sociología tras la bola y a las artes adivinatorias en busca del futuro de Pekerman. Preferimos las obsesiones y las dichas de nuestro corresponsal en Brasil. Camina de la mano de Blatter.

## Patrón Blatter

por DAVID E. GUZMÁN



Vine a ver la Copa del Mundo y la tengo en mis narices. Quisiera levantarla con las dos manos y besarla, pero una urna de vidrio y cuatro señores de traje negro me lo impiden. Además, la Copa es intocable, solo los campeones la pueden acariciar. Jugador que se atreva a tocarla antes de tiempo, le vendrá la maldición de la derrota. En lo que a mí respecta, nunca más la tendré tan cerca. Mi turno frente a ella se agotó pero no puedo dejar de contemplar su brillo, su cabeza redonda y lisa, su cuerpo rugoso, la humanidad de brazos abiertos sosteniendo esa cabecita que no es más que el planeta tierra donde se estampan los labios campeones. Los seis kilos de oro de 18 kilates más codiciados del globo. Poderosa, mítica, el tótem del fútbol universal. Ya tiene cuarenta años y una docena de Mundiales. Solo seis selecciones se la han llevado para sus países. Pero la Copa no vino sola, está escoltada por los balones protagonistas desde 1970. Es el gancho para que el público circule y no se atasque ante la joya que hipnotiza.

En la sala de los balones me reciben con una fría lata conmemorativa de Coca Cola, por supuesto decorada con la Copa. Qué blandos nos vemos todos con la misma lata en la mano. Algunos la beben y la guardan de recuerdo, otros piden una o dos más. Cada balón está en un trípico con su año respectivo y una breve leyenda. Los visitantes son una muestra de lo que es el Mundial, personas de distintos países y edades, un rebaño de hinchas que lucimos adaptados al mundo Fifa. Todo está tan organizado y controlado, tan limpio y tapizado, con unas luces tan cálidas, que tengo la sensación de que en cualquier momento va a aparecer Joseph Blatter con su sonrisita de medio lado para saludarnos, aprobar la calidad del evento y la buena conducta de todos, hinchas del fútbol que venimos al *Tour da Taça* en Porto Alegre, apoyamos el Mundial y lo hacemos realidad con nuestra pasión y nuestras chequeras. La verdad es que llevo meses con Joseph Blatter en la cabeza. Hacer parte de este evento regido

por estándares de calidad supremos me hace pensar que el mafioso mayor está al frente de todo, supervisando hasta el último detalle para que los patronos Fifa se cumplan al cien por ciento y no se pierda un solo centavo.

Para asistir al Mundial hay que entregarse al jefe desde antes. La puerta de entrada a la dinámica Fifa se abre con la compra de las boletas, una odisea; hacerse fan aquí, lo-guearse allá, registrarse acá, madrugar para entrar al portal oficial, esperar, esperar, dar clic donde haya disponibilidad, pagar con tarjeta Visa o Masterd Card. Pedir autorización a Joseph para revender si es del caso, prepararse para mostrar el pasaporte en los estadios, leer bien las instrucciones de cómo hay que ir para no ser rechazado. No es poca la letra menuda del contrato que uno acaba firmando con Blatter. Estoy sugestionado con tanta pirotecnia y organización. Todo el semestre ha habido protestas en varias ciudades sedes porque es inevitable que la rabia se apodere de los brasileños al ver a su gobierno arrodillado cumpliendo las exigencias de la Fifa y hasta desalojando a familias que viven cerca a los estadios. Eso de barrer debajo del tapete cuando hay fiesta internacional es típico en la región. Pero las zonas Fifa están blindadas, sobrevigiladas, alejadas, ninguna marcha o protesta tiene cómo empañar el mundillo Blatter, que en época de Mundial es como un Disneylandia del fútbol. Un rancho vaquero nos albergó en las afueras de un *shopping* cuando fuimos a reclamar las entradas. Fue desde ese día que imaginé a Blatter atendíndome de manera personalizada, guiñándome un ojo, seguro de sus millones y de mi felicidad por estar en un Mundial. Blatter es Fifa y todo su aparatage.

Unas cincuenta personas entre profesores y estudiantes se reúnen afuera de la alcaldía de Porto Alegre. Con pitos, platillos y pancartas contra la Fifa tratan de entorpecer el día laboral. La protesta pacífica se convierte en marcha y avanza por la calle Doctor Flórez. En sus arengas exigen plata para educación,

alzas salariales y buenos planes de salud. Piden que todo sea "Padrão Fifa": calidad superior, inversiones gigantescas, celeridad en las obras. Mientras tanto, a una cuadra, en un puesto de revistas de la Plaza Alfândega, los amantes del Panini intercambian laminitas, una por una, sin sacar provecho, así el cambio sea un jugador desconocido por un escudo plateado. Todas las láminas tienen el mismo valor. Es puro *troco*, sin mercaderes de por medio, chan con chan sin remilgos. En medio del trueque, llega una señora y pregunta qué pasa, que si alguien se ganó la Megaseña (el Baloto brasileiro) y la está reparando. Cuando se entera de que es el álbum y que estamos por la Copa, nos agarra de los brazos y nos dice con dulzura: "Da Colombia? Bem vindos!", y nos dicta una clase *express* sobre geografía y turismo en Rio Grande do Sul.

Con el paso de los minutos los trocadores se empiezan a ir. El partido de inauguración está a punto de comenzar. Gilberto, sin embargo, sigue buscando laminitas; dice que debe llenar veinte álbumes para enviarlos a Canadá y tiene cientos de jugadores repetidos. Ade-la, de unos 65 años, lleva un papelito en la mano con tres cifras, son las láminas que le faltan a su nieto; dice que él está triste porque llegó el Mundial y el álbum aún tiene esos espacios vacíos. "Pelo menos já tem tudo o Brasil". Le regalo al "Chicharito" Hernández, es mi única repetida que le sirve. Ya solo quedamos tres personas. En Porto Alegre los negocios están cerrados. Algunos corrillos de policía y ejército vigilan la soledad. Pero no todo el mundo está pendiente del pitazo inicial. Hay transeúntes por ahí, quizás vienen de la protesta y ahora buscan huirle al ambiente del partido. Porque no es cierto que en Brasil todos colmulguen con el *show da bola*.

El taxista que nos lleva para nuestro hospedaje en Belo Horizonte dice que no le gusta el fútbol, pero se siente avergonzado con nosotros por el penal que le regalaron a Brasil contra Croacia. "O time no precisa de ajuda". Es consciente de que con Patrón Blatter las ayudas sí existen para los locales, pero confía en que la jugada fue un aislado error arbitral. Clayton, el taxista, nos cuenta de los daños y el vandalismo que sufrió la capital minera el 12 de junio. Vidrieras rotas, voleo de piedras, detenidos, zafarrancho que en últimas no manchó el inicio del torneo, pues en las

sedes hay batallones policiales controlando los desmanes. La amenaza es que las protestas seguirán todo el mes, pero lejos del Mundial, sin entorpecerlo; la protesta de mucha gente continúa pero eso no los priva de desear, en el fondo y con fervor, que Brasil logre el Hexa.

Una caminata por el centro de Belo Horizonte es suficiente para sentirse en casa, la ciudad está repleta de colombianos. La casa donde estamos hospedados es un fortín criollo. Elvis, samario habitante de Medellín, tiene un sombrero vueltiao y camiseta de la selección. No tiene boleta para Colombia-Grecia pero está confiado en que la va a conseguir por debajo de cuerda el día del partido. Elvis es una amenaza para las normas Fifa, pondrá en riesgo la codicia del emporio Blatter. En la casa también se hospeda una familia bogotana, un matrimonio con dos hijos adolescentes, la tía y la abuela. Ellos sí tienen boletas y prometen ajiaco si gana Colombia.

En el sector de Savassi está la fiesta, el ambiente de Mundial, bares y restaurantes con televisores reciben la Torre de Babel, hinchas argelinos abrazados con chilenos, australianos detrás de brasileños, rusos y colombianos brindando con aguardiente del Valle, una belleza esta mezcla de nacionalidades. Cientos de personas propensas a la felicidad y a la celebración. Cada hinchada le contagia el cántico de su país a la otra y así todos cantan y gozan, porque el Mundial no es solo fútbol, es consumo, alcohol, rumba y resaca. "¡One two three, viva L'Argeli!"

Vamos a pie para el Mineirao con Elvis, la gente de los carros pita y saca las banderas tricolor por las ventanillas. Elvis va a buscar boleta y yo no sé dónde guardar las nuestras, temo perderlas entre tanto agite. Los hinchas colombianos y el graznido de cornetas y vuvuzelas aumentan. También aparecen fanáticos griegos, pocos pero bien disfrazados con batas blancas y laureles en la oreja; también hay muchos brasileños en familia que nutren la pasión amarilla. En menos de diez minutos Elvis ya tiene su boleta, pagó doscientos dólares, 25 más del precio oficial. Blatter niega con la cabeza, reprueba con un cerrar de ojos. En la entrada al estadio hay requisas y los bolsos pasan por escáner de aeropuerto. Elvis va con una entrada que lleva otro nombre, Julián Alzate, pero en ningún momento nos piden documento. Puro terrorismo Fifa para prevenir algo inexorable: la venta de boletas a última hora.



A pocos minutos de que comience el juego, las comidas rápidas no han llegado a los restaurantes del estadio. Un paquete de papitas sirve de paliativo. En cualquier momento debe llegar Joseph con los perros calientes y las hamburguesas, no puedo creer que hayan fallado en el tema de alimentación justo en un partido a la una de la tarde. ¿Cuántos millones perderían? Con cerveza y el estómago vacío celebramos los tres goles de Colombia. Al salir, otra vez la fiesta y la bulla en la calle, Colombia se toma Belo Horizonte, el amarillo, azul y rojo es lo que predomina en la región que dicen más se parece a Antioquia, ha de ser por montañosa y por el amor a las sopas y a los frijoles.

La familia bogotana llega del estadio en la noche, la abuela está cansada de chupar sol y caminar, los jóvenes se preparan para seguir festejando en las calles. La madre y la tía hablan del ajiaco y nos invitan. Al otro día siguen para Foz de Iguazú, abandonan el Mundial sin remordimientos. Consideran un logro familiar haber venido hasta acá con abuela incluida. Ella dice que casi no vio el partido y yo estoy de acuerdo; en el estadio se ve poco, que Grecia había estrellado un tiro en el palo lo supe seis horas después del partido. La única forma de ver el Mundial y no perderse ni un detalle es encerrarse en la casa, y la mejor manera de perderselo es venir a verlo en persona. Traslados, atracciones turísticas y la propia fatiga del trájín mundialista impiden meterse de lleno en el show.

\*\*\*

El bus de Belo Horizonte a Brasilia es un témpano de hielo y tarda diez horas. Los pasajeros, puros colombianos. Al parecer también nos vamos a tomar la capital de la burocracia, la ciudad de Niemeyer, que parece estancada en los sesenta, con su iglesia sugestiva y su campanario en forma de tene-dor gigante. Los bares están escondidos, no los vemos, y la *rodoviaria* se convierte en tribuna, baño y bar. La otra opción es la Fan Fest de la Fifa, un terreno remoto y despoblado que Blatter adecuó en cada ciudad para poner sus pantallas gigantes y vender sus bebidas patrocinadoras con panes y chorizos. Vamos a ver a Brasil. Media hora en bus, luego una hora en Metro y después una caminata de media hora más. Todo para llegar a la Fifa Fan Fest, "FanFest", dice Blatter, y el "Fest" le suena con espuma de cerveza en la boca. Allá está don Joseph, allá me lo imagino echándole las salsas a los perros y retirando con un gesto de repulsión a los vendedores ambulantes que abarrotan el camino a su imperio.

Nos gusta más la *Praça de alimentação* aledaña al Mané Garrincha. Allí, a precios decentes y con buena variedad, calentamos motores para el duelo contra Costa de Marfil. Después de dar caza a los elefantes, volvemos para celebrar el paso a Octavos a ritmo de batucada y cerveza. Algunos brasileños se empeñan en enseñarnos a bailar samba, otra vez la fiesta mundial está cogiendo pista. Hay motivos para festejar, pero me cansé de los patronos Fifa. Ya me quiero sacar a Blatter de la cabeza, exorcizarlo, encerrarme con un televisor y concentrarme en el balón puro hasta que alguien bese y levante esa Copa que tuve tan cerca. ☺

## CODA

## ¡Maestro, el partido sigue!

por GUILLERMO CARDONA

Son muchas las frases que recuerdan la poca simpatía que le inspiraba el fútbol a un escritor tan argentino como Jorge Luis Borges. Un escritor, además, inmerso en los debates filosóficos y políticos de la época, no en la eterna discusión futbolera que puede agotar las cervezas y los cigarrillos y la paciencia pero no el ánimo de los contertulios. Pocas cosas identifican y reúnen y hermanan a los seres humanos de hoy como un buen partido y tanto más si es uno de la selección patria que está pisando duro en un mundial.

A Borges no. El fútbol le resbalaba.

Borges murió el 14 de junio de 1986, días antes de que la selección, que no lo hacía vibrar, ganara en México, por segunda vez, una Copa Mundo.

Lo que poco se sabe es que ese gran vidente ciego asistió alguna vez a un partido, cuando todavía veía.

Borges era anfitrión del escritor uruguayo Enrique Amorim, en Buenos Aires, y quizá con el ánimo de congraciarse con él lo invitó a ver un partido entre las selecciones de Argentina y Uruguay, en el Monumental.

Claro que ninguno de los dos le prestó mucha atención al partido, entretenidos como estaban hablando de literatura, hasta que creyeron que el partido se había acabado y se largaron del estadio. Ya habían caminado unas cuadras cuando los logró alcanzar uno de los porteros, diciéndoles que el partido seguía, que estaban en el descanso y no tardaría en comenzar el segundo tiempo.

Ya estaban lejos y les dio pereza devolverse, prefirieron seguir conversando rumbo a Palermo.

Tanto Borges como Amorim confesaron años después que tenían puestas sus esperanzas en que ganara la selección de su amigo: Amorim sufrió para que ganara Argentina y Borges para que metiera gol Uruguay. El partido terminó cero a cero, obviamente sin la presencia de estos cultores de las palabras y las letras, y de los finos gestos de camaradería y amistad.



Ha pasado la tempestad pero no la guerra. Según parece viene la paz y la discordia. Luego de veinte días de la elección presidencial que el Mundial ha convertido en anécdota, pueden ser útiles un par de páginas con recuentos y presagios.

# Uribe no sabe perder

por GUSTAVO ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL

Ilustración: Verónica Velásquez

La segunda ronda de las elecciones presidenciales mostró la efectividad de la máquina de los dueños del poder político en el país y permitió comprobar que sin grasa no funciona. Los mochileros de la Costa Atlántica y los caciques del interior recibieron su emolumento para poder atraer a los votantes y lo lograron.

Por supuesto, los incitados de la izquierda, encabezados por Clara López y Gustavo Petro, minimizan lo que significó el hecho de que varios miles de votos de esos mochileros y esos caciques doblaran las votaciones del 25 de mayo en Barranquilla, Valle y Córdoba. Para ellos el aporte más importante fue el de la izquierda, que movida frente a la opción de paz, sacó doscientos mil votos en Bogotá y otros tantos en muchas ciudades del país donde Clara obtuvo muchos votos en mayo.

Cualquiera que sea la interpretación, el país, con esperanza de paz o con maquinaria democrática, escogió a Juan Manuel Santos y le quebró el cogote a la ilusión que tenía casi la otra mitad de compatriotas de elegir a Uribe como caudillo, en cuerpo ajeno, a través de Oscar Iván Zuluaga.

Fue una batalla entre el antisantismo y el antiuribismo. Fue una batalla entre los santistas, que tenían cómo y con qué sacar a la gente a votar, y los que no saben sacar un chivo a mear, como los uribistas elegidos al Congreso.

Los antisantistas, presididos por el expresidente Uribe, fueron horadando la conciencia de millones de colombianos y construyeron la imagen de que el presidente Santos es un traidor. A eso le agregaron una dosis muy grande de comparación entre lo que hizo Uribe y lo que no ha hecho Santos. Y como Santos se encargó de ayudarles distanciándose de aquel país provinciano al que Uribe llegaba con soltura y gobernando sin gentes de los más exquisitos círculos bogotanos, el antisantismo se regó como verdolaga en playa.

En las vísperas electorales y ante el atrincheramiento de Santos y sus amigos en torno a la defensa de las conversaciones en La Habana, y por ende de la paz (como él y su gobierno entienden ese intento de traer a las Farc al redil de la política), el antisantismo tuvo como agregado el sentimiento contra Timochenko y compañía.

En los anti-Farc estaban, obviamente, los uribistas, pero fundamentalmente los derechistas y todos los viejos defensores del latifundio y las víctimas de los atropellos de la guerra de cincuenta años con las guerrillas; y las familias del medio millón de soldados, policías, marinos y aviadores que existen en Colombia. El pánico de entregar todas las estructuras del país a una minoría armada que no ganó la guerra, los puso en pie de guerra.

Por otro lado, el antiuribismo creció animadamente no tanto por mano del presidente Santos como por su círculo de amigos y asesores que vendieron de Uribe la imagen de paraco, amigo de los métodos burdos y patrocinador de los falsos positivos. En ese esfuerzo se fueron uniendo todos los izquierdistas que en Colombia existen, pero principalmente los columnistas de la prensa bogotana, los comentaristas políticos y la clase profesoral universitaria. Desde

distintos ángulos se hizo crecer el antiuribismo: desde las lejanas selvas del país donde se refugian las Farc hasta el pináculo de la oligarquía bogotana. Fue un aceite que movió la maquinaria del pánico por lo que podía volver a hacer Uribe, y se regó por muchas orillas de Colombia generando un rechazo ante la posibilidad del caudillo detrás de un candidato anónimo hacía apenas tres meses. El triunfador no fue Santos, fue el terror de que Uribe volviera a gobernar a Colombia a su manera.

El enfrentamiento se dio oficialmente en la última ronda electoral. El antiuribismo resultó ganador y el antisantismo perdedor. Zuluaga lo reconoció dentro de una ética y una óptica que se estila en la forma de hacer política decente. Uribe no. Después de que Zuluaga y Carlos Holmes habían hablado y reconocido al triunfador; después de que Santos había hablado en una fiesta que tuvo aires parecidos a las ridiculeces de Mockus o que más bien parecía una fiesta de fin de año del colegio Nueva Granada, Uribe habló. ¡Y quién dijo miedo!

Uribe no sabe perder. Lo he dicho siempre. Nos lo ha demostrado una y otra vez. Pero en esta oportunidad no solo no reconoció el triunfo de Santos, sino que se vino con una andanada mostrando lo que todos los colombianos sospechamos ocurrió en las elecciones presidenciales, pero que no queremos remover ante un abrumador triunfo de casi un millón de votos de ventaja.

El que Uribe no sepa perder no significa que haya ganado. En la democracia el que pierde, pierde. En Colombia, así esté de por medio la paz, que debería ser construida por todos, Uribe y millones de sus amigos no la aceptarán. **El Porce, junio de 2014**

# Después de la tempestad no viene la calma

por ANTONIO NAVARRO WOLFF

Ilustración: Verónica Velásquez



El grupo uribista seguirá la línea de su jefe. Duro y a la cabeza. La centro izquierda, por su parte, está decidiendo qué hacer. Lo más probable es que no entre a formar parte del gobierno pero haga una oposición selectiva, apoyando temas con los que coincida y enfrentando lo que no comparta.

El Polo está en la encrucijada porque una parte quiere asumir la posición centroizquierdista, mientras que otra se mantendría en la tradición de la oposición radical.

Así las cosas, y contando senadores, estarían en una oposición dura diecinueve miembros del Centro Democrático, tal vez diez conservadores, y como están hoy, tres del Polo, para un total de 32 senadores.

Por el lado del gobierno, tendremos los 47 de la suma de Liberales, La U y Cambio Radical, más los cinco del antiguo Pin, nueve conservadores y uno de los indígenas, para un total de 62.

Los cinco de Alianza Verde, el otro de los indígenas y algunos del Polo coincidirán con el gobierno en unos temas y con los duros en otros.

Las cosas parecen suficientes para el gobierno, pero un estimado de 38 senadores en oposición, con un ausentismo recurrente como el que es tradicional, va a producir sorpresas, sin duda alguna. Por eso debe decirse que después de la tempestad no vendrá la calma.

Lo siguiente es la agenda de contenidos. Se va a comenzar por la prohibición de la reelección inmediata. Parece una paradoja que un presidente que se ha reelegido sea quien lidere el proyecto. Pero al mismo tiempo no hay otra manera de lograr el apoyo gubernamental para esa reforma.

Esa reforma debe contener además lo necesario para volver a un cierto equilibrio de poderes, vulnerado por el "articulito" que permitió la reelección inmediata.

Asimismo es urgente hacer una reforma de la justicia y los órganos de control, en entredicho en los tiempos actuales. El concepto de "concurrencia de poderes" que ha servido desde 1991 para conformar parte de las Altas Cortes y escoger las cabezas de la "fas" parece agotado. Las acusaciones de votos amañados hasta en la Corte Constitucional ya son más que preocupantes.

Hay consenso en temas como la limitación de funciones de la Procuraduría. Pero no se conocen muchas ideas de reforma en los otros temas, aunque algunos hablan de concursos al más alto nivel.

Temas como educación y salud no pueden estar ausentes de las prioridades del primer año. En el primero de ellos podría lograrse un consenso, tal vez el único en los próximos cuatro años, si se maneja con tino e inteligencia. Un salto adelante en educación es una necesidad nacional. En salud no está claro que pasará.

Para finalizar, un par de palabras sobre el proceso de paz. Aunque las Farc actúan de un modo que confunde a los ciudadanos que no entienden la paz con niños mutilados y demás barbaridades de todos los días, lo cierto es que es probable que en unos meses se firme un acuerdo de fin del conflicto. Lo que no está claro aún es que pasara desde el día uno del postconflicto.

Vendrán eso sí una o dos nuevas reformas tributarias. Educación necesita una. Es pura carreta hablar de cambios serios en esa materia sin más dinero público. Lo mismo puede decirse del postconflicto. Sin dinero para pagar lo que vale llevar el Estado a los rincones donde se ha enseñoreado la guerra, es una ilusión que el fin del conflicto sea el primer paso para el logro de la paz en este país que tanto ha sufrido con la guerra interna más larga de las Américas. **UC**

**Innovamos al servicio de la gente.**

Educación y cultura

- La Biblioteca EPM con más de 625 mil visitas en 2013 se consolida como un espacio de libre acceso al conocimiento.
- Más de \$2,850 millones fue la inversión en mantenimiento de espacios urbanos de la ciudad de Medellín.

www.epm.com.co



# Eatonville

por RAMIRO GIRALDO

Fotografías por el autor

Un inmigrante en Estados Unidos llega a trabajar en un restaurante que rinde tributo a los símbolos de la lucha contra la esclavitud.



En el otoño de 2009 entré a trabajar indocumentado a un restaurante de Washington llamado Eatonville. Me contrataron como *food-runner*, es decir, aquel que recoge la comida en la cocina y la lleva hasta la mesa. La nómina era de unos cien empleados, la mitad de ellos centroamericanos y en una condición legal similar a la mía.

Una noche atendí a cuatro señoras que ordenaron bagre frito con puré de papa y col rizada, así como costillas BBQ, los dos platos más famosos del menú sureño que ofrecía el restaurante. A mí me correspondió llevar los bagres hasta la mesa. Los dejé aterrizar sigilosamente frente a las señoras y les dije en voz muy baja cuáles eran los ingredientes. Ambas clientas me dieron las gracias, pero ninguna me miró a los ojos. Sin embargo, yo le clavé la mirada a una de ellas. Conocía ese semblante serio que salía casi todos los días en los periódicos cuando había polémica sobre la promesa de una reforma migratoria. ¡Era Janeth Napolitano!, la secretaria de Seguridad Nacional del presidente Barack Obama; en otras palabras, la directora del organismo federal que en los últimos cuatro años había ejecutado la deportación de dos millones de inmigrantes.

Regresé a mi estación y me quedé pensando en cómo era posible que, como indocumentado, me hubiera tocado servirle la comida a la funcionaria que todos los días firmaba desde su despacho la deportación de miles de personas como yo.

Eatonville no es solo una experiencia gastronómica; también es un buen lugar para entender estas contradicciones alimentadas por la doble moral de Washington.

El restaurante fue inaugurado por Andy Shallal, un inmigrante iraquí de 59 años que había llegado a Estados Unidos cuando era niño. Su padre era embajador en la Liga Árabe, pero tuvo que huir de Bagdad cuando Saddam Hussein se tomó el poder.

Shallal se crió en Virginia, a donde llegó a lavar platos con su padre en una

pizzería, pero con los años se convirtió en un millonario restaurantero gracias a la cadena Busboy and Poets, que combina espacios de discernimiento intelectual con la grasa del menú sureño: pollo frito, *hush puppies* (una especie de buñuelo con camarones en salsa por dentro), *gumbo* (sopa picante, oscura, con chorizo y algún camarón), más el bagre frito y las costillas de la señorita Napolitano y sus amigas.

Eatonville conserva esta línea, pero con una enorme particularidad. Es un pequeño museo que lleva el nombre del primer pueblo afroamericano legalmente constituido en la historia de Estados Unidos. Hoy tiene unos 2.100 habitantes y está localizado en La Florida, a seis millas de Orlando.

Su génesis se remonta a 1882, durante el período de reconstrucción del país después de la Guerra Civil. Su padre fundador fue un hombre negro, ambicioso y dedicado a los negocios, Joseph C. Clarke, quien logró venderles tierras a familias afroamericanas que habían migrado a La Florida para buscar trabajo y aprender a ser libres, veintidós años después de la adopción de la Enmienda 13 que abolió la esclavitud. Con 112 acres de tierra reunida, el 15 de agosto de 1887, Clarke y otros veintiséis hombres negros se reunieron en un salón comunal improvisado para votar a favor de la constitución legal de Eatonville.

Curiosamente, la persona más famosa en la historia de Eatonville no es Clarke, sino la escritora Zora Neale Hurston, una antropóloga que en 1937 publicó la novela *Their Eyes Were Watching God*, en la que retrata el racismo a comienzos del siglo XX a través de la vida de una mujer negra. La impresión de este libro se prohibió por treinta años en Estados Unidos, pues la audiencia de la época no concebía que una afroamericana tuviera tanto protagonismo en un relato de largo aliento. Luego, con el ascenso de las luchas sociales, el libro se convirtió en un clásico de la literatura estadounidense, hasta el punto de ser considerada por la revista *Time* como una de las mejores novelas de todos los tiempos escritas en inglés.

Clarke, Hurston y todos los protagonistas del viejo Eatonville están retratados en los murales que Shalal mandó a hacer en el restaurante de la calle 14, en Washington. No es una zona cualquiera. Es Columbia Heights, un barrio que expone un verdadero milagro social. Hace solo una década, cuentan los viejos washingtonianos, era núcleo de balaceras, robos, plazas de vicio, crímenes de odio, prostitución, etc. Además, era el barrio de familias afroamericanas de bajos recursos que lindaba con las zonas *nice* de la capital, como Dupont Circle o Adams Morgan. Se trataba de una frontera invisible, marcada por la cantidad de habitantes negros o blancos.



Mural de la escritora Zora Neale Hurston en una de las paredes de Eatonville.

*Sometimes I feel discriminated against, but it does not make me angry. It merely astonishes me. How can any deny themselves the pleasure of my company? It's beyond me.*

Según un estudio del centro de pensamiento conservador Thomas B. Fordham, Columbia Heights es una de las veinticinco zonas del país con mayor incremento de población blanca durante la última década. En un país racista por excelencia, esto tiene un significado: valorización de la propiedad raíz, reactivación del comercio, disminución del crimen.

La mayoría de edificaciones de este barrio fueron construidas entre 1900 y 1934, pero hoy es común ver edificios nuevos con apartamentos para profesionales jóvenes, cuya renta mensual cuesta entre 1.500 y 3.000 dólares. También hay más parques, teatros, centros comerciales y restaurantes costosos como Eatonville.

La apertura del restaurante en 2009 fue un éxito, y rápidamente se convirtió en un referente de la comunidad afroamericana con capacidad adquisitiva de la ciudad. Hoy alberga eventos políticos y en su lista de clientes hay todo tipo de famosos. En alguna ocasión le sirvió la comida a Stevie Wonder —aunque no me permitieron tomar fotos—, a las hijas de Bob Marley, al saliente alcalde de la ciudad Vincent Gray, a figuras de la NBA, la MLB y la NFL. De hecho, tiempo después de mi renuncia, la primera dama, Michelle Obama, celebró allí el cumpleaños de una amiga cercana.

No fue fácil conseguir semejante oportunidad. Como otros once millones de hispanos en Estados Unidos, no tenía papeles y había migrado a la capital en busca de oportunidades. No entendía cómo los empleadores exigían un permiso de trabajo que la mayoría de empleados hispanos contratados no tenía. La respuesta la encontré en la actividad ilegal de Columbia Heights, mi barrio. Encontré al 'Gato', un centroamericano con la cara inundada de acné, el pelo alborotado al estilo Leonel Álvarez, que siempre se vestía con pantalones anchos y una camiseta de fútbol. Me llevó a El Pollo Sabroso, un restaurante chino-peruano, y en el baño me entregó "los chuecos"; en otras palabras, un permiso de trabajo por el cual pagué cien dólares. La otra clave era sencilla. Al momento de la entrevista con el empleador había que dejar en blanco los espacios del contrato cuya información no tenía, y "hacerse el bobo". Así fue como logré que Andy Shallal me dejara servir comidas en Eatonville.

Y en esa condición me tocó atender a Janeth Napolitano durante aquella noche inolvidable de 2009. La secretaria de Seguridad Nacional estaba en una mesa contigua a la entrada, en donde un mural recibía a los clientes con el rostro más grande de Zora Neale Hurston y una leyenda que decía: "Ya no me siento discriminado".



Mientras los entendidos dicen que la mejor correspondencia del movimiento nadaísta se perdió, un archivo familiar guarda cartas reveladoras de Gonzalo Arango y de su amigo el novelista Arturo Echeverri Mejía, autor de *Marea de Ratas*. Tiempos en que un rebelde de aureola negra y un capitán de kepis blanco se dirigían la palabra.

# Marea de cartas

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

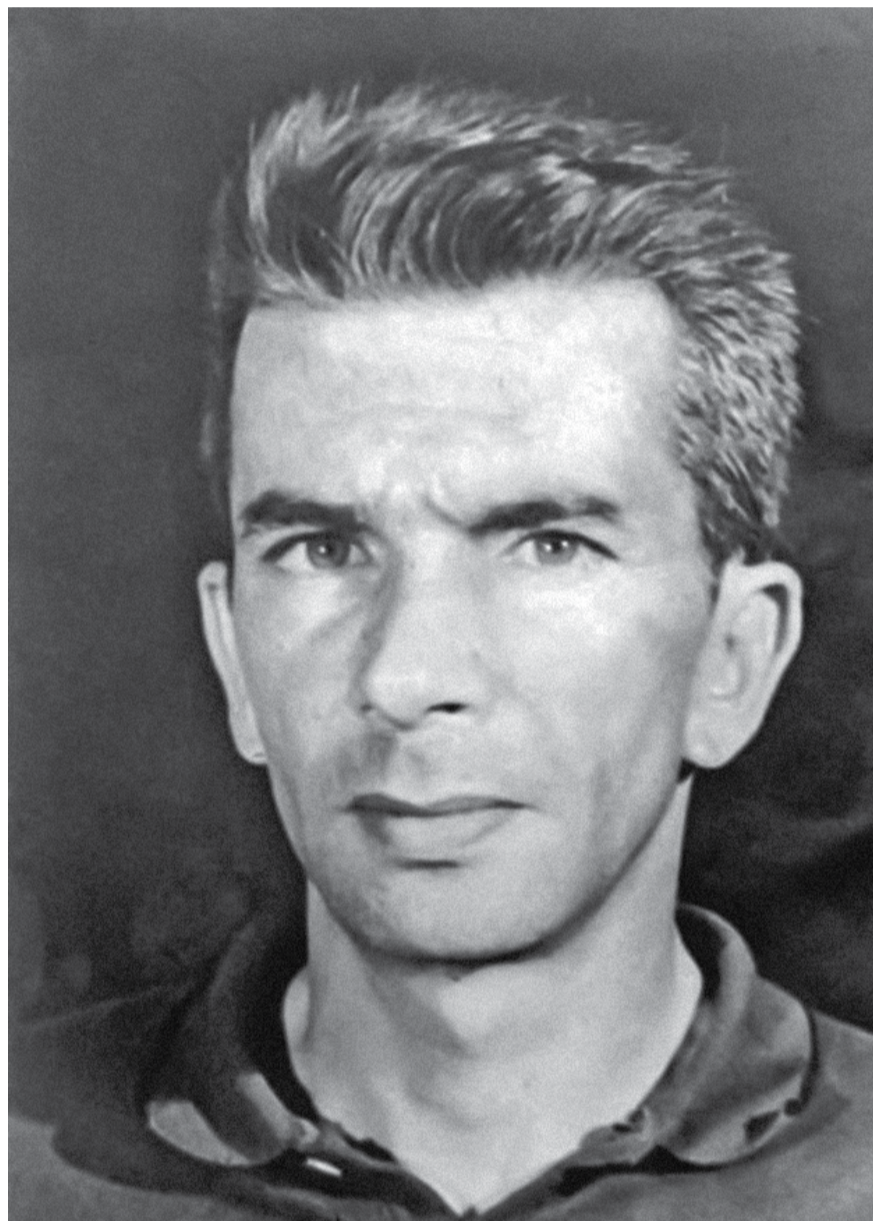
En medio de los trastornos del amor, poco antes de que la muerte lo sorprendiera en un carro expreso, rumbo a Villa de Leyva, Gonzalo Arango renegó de su movimiento literario e hizo un escrutinio de sus papeles. Tenía decidido irse del todo para Londres con su novia y había expurgado ya la enorme cantidad de cartas que cruzó con sus amigos durante décadas. Los que conocieron esa correspondencia aseguran que lo mejor de ella se perdió, a pesar de lo publicado por Eduardo Escobar en su libro *Correspondencia violada*, o en *Cartas a Aguirre*. Lo demás es silencio. Y el escondrijo final de esos papeles hace parte de la leyenda que los mismos nadaístas han tejido.

Según el poeta Jotamario Arbeláez, Gonzalo guardó el arrume de folios donde un vecino que tenía una colchonera y, cómo nadie los reclamó, el hombre decidió picarlos como relleno para su fábrica. La otra versión quiere ver a Gonzalo en medio de un patio haciendo una hoguera, como cualquier procurador desquiciado, para purgar las herejías de la lengua. Solo el día del juicio final, por la tarde, sabremos si era cierto que las mejores cartas del Nadaísmo fueron las que se perdieron o si por el contrario, nada que ver.

Mientras tanto, cada cierto tiempo se rescata una serie de epístolas del profeta, en algún secreter familiar, que muestra aspectos poco conocidos sobre la personalidad de Arango, sus afectos y desafectos, las crisis de talento, las rupturas amorosas, sus divertidos encargos, y el arte de la amistad que supo practicar hasta el final. Algo de esto se descubre en las cartas, aún inéditas, que dirigió al escritor Arturo Echeverri Mejía, y que conservó la viuda de él, Beatriz Harry, en su archivo familiar.

Los dos amigos se conocieron una mañana en la oficina de abogados de Alberto Aguirre, a la que acudían sin avisar varios contertulios como Fausto Cabrera y Carlos Castro Saavedra. Parece que en ese momento el encuentro entre un agitador social y un exmilitar no fue fácil, según lo recordó Gonzalo: "Alberto nos presentó, pero yo olvidé su nombre pues estaba envanecido por mi futura gloria de escritor. Luego, me dijo como un honor que 'ese' era capitán de la marina, pero por entonces yo odiaba eternamente a los militares, así que un capitán me daba igual que un escarabajo. Como si no fuera suficiente, me agregó que también le habían dado la Cruz de Boyacá, yo me preguntaba cuántos habría matado".

Pronto Gonzalo se dio cuenta de que a Arturo Echeverri le habían condecorado no por hacer la guerra sino después de su hazaña de construir, con sus compañeros de la Armada, un barco de vela y hacer la travesía de 3.000 kilómetros, desde Puerto Leguizamo, en el río Putumayo, siguiendo el curso del Amazonas hasta el mar Caribe, para perderse tres días en alta mar y atracar,



Arturo Echeverri Mejía.

por fin, en Cartagena, en una aventura que fue noticia en varios diarios del mundo porque aquel era el viaje fluvial en velero más largo realizado hasta entonces. Al respecto, Echeverri había escrito un diario de abordaje donde anotó, además de las observaciones técnicas, relatos de lo que encontraba en el trayecto, como el de un hombre que vivía solo en un tambo donde vendía plátanos en compañía de un mico disecado y del recuerdo de su mujer y su hija, que se habían enrolado en la prostitución.

El manuscrito, que tenía el mismo nombre del barco, *Antares*, era más que una bitácora de marinero; traía el carácter y la forma de una novela. Alberto Aguirre y otros amigos la ayudaron a editar, los mismos que hacían parte de una tertulia que se reunía en un local del Centro, el Café Madrid.

Arturo Echeverri era doce años mayor que Gonzalo. Y después de veinte años en las filas militares había renunciado a un puesto burocrático en el ejército, con la idea de montar una finca por Caucasia y escribir en los ratos libres. Así lo describió Aguirre: "Un hombre curtido por mares y fatigas, que había conservado el puro corazón. Tenía esa misma ternura, aún más conmovedora en hombre de tal estructura y de tales experiencias. Vencida aquella desconfianza inicial, Arturo y Gonzalo se hicieron ahí mismo hermanos. Y lo fueron siempre. Ese día salieron juntos, Arturo lo llevó a almorzar a su casa y le regaló un vestido de paño casi nuevo. Le decíamos 'el vestido del Capitán'".

Arango nunca olvidó ese gesto que luego comentaría en un discurso para despedir a su amigo, *¡Adiós, mi Capitán!*: "Entonces le tomé mucho afecto a este capitán porque era muy bueno. Quiero decir que ni siquiera se le notaba que era capitán, pues era muy inteligente. Pero este es un prejuicio que tenemos los intelectuales por los hombres de armas, el mismo que tienen ellos por nosotros, que

somos indisciplinados y pensadores, ja, ja. Pero el capitán sí era capitán, de veras. Y hasta donde yo sepa, era un gran capitán, el más valiente, el mejor capitán del mundo. Yo estaba tan seguro de esto que a veces le decía 'Mi Capitán', como si yo fuera un simple cabo de vela".

Gonzalo trataba de escribir una novela en una pequeña finca que le consiguió su padre en Belencito Corazón. Aguirre le había regalado un cuaderno de doscientas páginas con la condición de que ganaba un premio si acababa antes de la fecha acordada, o pagaba una multa si incumplía. Los fines de semana bajaba con una jicara de limones y otras frutas que le regalaban los vecinos, a conversar con Arturo y con los otros. Después de un tiempo Echeverri Mejía se fue con su esposa para Colorado, en el Bajo Cauca, a abrir monte. Por las mañanas se subía al tractor o armaba un planchón para andar por el río, por las tardes corregía los párrafos de su libro. Ni Gonzalo ni él parecían muy a gusto con lo que escribían. Aunque Arturo tenía otras preocupaciones: "Esto de los muchos oficios es, al fin, una frustración de una vocación a la cual no he podido ser fiel: la de escribir".

Fue por esos días en los que Echeverri pasaba meses sin asomar la cabeza por el Café Madrid, cuando Gonzalo empezó a escribirle esas cartas apremiantes. Y como no recibía respuesta, volvía a mandarle otra más. "No me explico por qué no das respuesta a mis cartas, tu debes tener muchas cosas para contar a tu amigo y que nos agradecería conocer. Por qué no me dices: 'Las cosechas se han perdido por culpa de la lluvia' o 'La violencia se renueva manifestando con ella que el hombre está perdido' o 'esta noche en la cama, mientras fumaba, me asaltó la idea de darme definitivamente a la tarea de escribir mi novela'. En fin, de que el pasto está seco, verde, rojo, todo lo de tu vida tiene un hondo significado, y yo me creo con derecho a preocuparme de la tuya ¿pues estás tan solo y tan olvidado?".

Echeverri debió contestarle algunas veces, aunque era menos verboso y más contenido que su amigo, pero además andaba más que ocupado en los trabajos de una tierra en la que poner una letrina o desbravar un potrero eran labores menores al lado de la defensa de su vida. El cerco de terror se estrechaba sobre los campesinos de la región, aún después de que se hiciera el plebiscito entre liberales y conservadores. La violencia en esa región era tan atroz que el Capitán tuvo que ingeniar un sistema de alarma que haría disparar varias escopetas al mismo tiempo, alrededor de la casa, cuando entrarán los bandoleros. Las noticias de los crímenes apenas si llegaban a Medellín.

Mientras tanto, Gonzalo Arango le enviaba un libro, *El Conformista*, de Alberto Moravia, un recorte de periódico con un cuento suyo, y le proponía que regresara pronto de esa tierra brutal



Gonzalo Arango por Francisco León Ruíz. 1970

para fundar juntos una revista. Además le hacía encargos curiosos: "Querido poeta, voy a pedirte un favor: me han dicho que en Caucasia se consiguen tortuguitas con gran facilidad, no importa el tamaño ni la hermosura, pues creo que todas son admirablemente feas, pero estos seres curiosos tienen un aire metafísico que los hombres no han querido reconocer".

Arango no le cuenta a Echeverri para qué necesita la tortuga, aunque le recalca que "es para algo muy importante", incluso le dice que se la puede enviar a una oficina del correo aéreo de Avianca, donde trabaja una hermana de él. Inés, que ayudaría en el trámite.

A Arturo Echeverri le gusta conversar con los campesinos, comparte con ellos algunos ratos entre las faenas, le tienen cariño. De pronto, esta simpatía empieza a despertar sospechas entre los grupos de extrema derecha, además lo vinculan con los liberales de Rionegro, donde había nacido en 1918. Como declara que no pertenece a ninguno de los bandos también lo recelan por su filiación desconocida. Gonzalo se entera del acoso y le escribe de nuevo: "Pero esta falta que me haces se vuelve mayor cuando se une a tu distancia el peligro de esa tierra bestial donde te pueden suceder cosas inconcebibles".

Hasta ese momento, Arturo y su familia habían disfrutado de una vida apacible en medio de las privaciones y los trabajos. Beatriz Harry, la esposa, cuenta que la prensa llegaba cada semana, que colgaban a secar la ropa en los alambres del telégrafo, pero se disfrutaba a plenitud con la belleza del paisaje. Solo hasta una mañana en que el propio policía de la vereda, que apreciaba mucho a Echeverri, vino a avisarle: "Mi Capitán, vienen por usted". De Medellín, según lo comprobó después Arturo, iban en camino dos policías del F2 de la época, con la orden expresa de asesinarlo.

Echeverri Mejía regresa esa misma noche a la ciudad con su familia y el

manuscrito de *Marea de Ratas*, una novela que todas las editoriales de la ciudad se negaron a publicar por temor a su contenido y que, a la postre, imprimirá, una vez más, el sello Aguirre Editores.

En su libro, Echeverri Mejía cuenta sin patetismos el drama de un pueblo de pescadores sometido al oprobio de un oficial. Llama la atención la fuerza de sus personajes, un biólogo extranjero condenado sin motivos y las debilidades de un tirano de pacotilla que se revelan de modo alusivo, con diálogos escuetos, a la manera de los novelistas norteamericanos de la Generación Perdida que Arturo había leído en los cuarteles. El libro se convierte en una de las novelas más logradas sobre la violencia que al propio autor le ha tocado encarar.

Arturo vuelve a encontrarse con sus amigos del café. Ante el fracaso de su hacienda en el Bajo Cauca, apela otra vez a su espíritu industrial para poner una fábrica en la que se hace casi de todo: fruta cristalizada, calentadores, bolas de billar, juguetes de madera, palos de escoba y otras cosas más, todas reunidas bajo un nombre menos realista que sus novelas de ficción: Industrias Pinocho.

Mientras Arturo Echeverri, el militar, había renunciado a la Armada porque decía que "no quería ser el edecán de Mariano Ospina Pérez", el presidente conservador, Gonzalo Arango, el iconoclasta, inauguró con el presidente Carlos Lleras Restrepo el Buque Gloria, en un acto veintejulero que contradecía toda la virulencia nadaísta. Uno de sus condiscípulos lo llamó antipoeta y lo acusó de haber mojado, con la champaña de ese acto, toda la pólvora de su movimiento.

Después de desafiar incontables peligros por agua y tierra, Echeverri no logra derrotar su enfermedad. Los amigos lo visitan en su lecho de muerte, donde sigue escribiendo. Apenas tiene cuarenta y cinco años. Desde la capital, Arango le escribe una última carta, lúcida y conmovedora. ☹



Alberto Aguirre por Jorge Mario Múnera.

## El Monasterio, Bogotá. 1964

### Querido Arturo:

¿Cómo vas hermano? Aquí estoy sobornando al buen dios de la amistad para que no sufras. Qué sacrificios no haría yo para que eso no fuera posible. Tú debes saber hasta dónde me duele tu vida, y hasta dónde mi corazón se rebela en silencio contra el absurdo.

De allá me vine sin verte, como siempre, como si no pasara nada. Es mi manera vagabunda de ser. Tú recuerdas que siempre dejé las citas sin cumplir para ir a tu fábrica. Aparecía como un fantasma y luego me iba en una errancia sin itinerario. Tú no te disgustabas nunca conmigo, y ahora tampoco, y lo mismo te va este abrazo por correo.

Hace poco volví de vagar por los andrajosos puerticos del Río Magdalena. Una experiencia muy vital y reconfortante. Ebrio de pureza animal, embrutecido de sol en aquellas playas ardientes, reconciliado en mi corazón por virtud de los paisajes.

Más o menos viviendo la aventura panteísta de mi amigo "El Pez Ateo" por las ciudades del sol. Fui feliz hasta la locura. Luego me embarqué en una chatarra crujiente que me arrastró hasta Santa Marta. Allí termina la tierra y empieza el paraíso. La belleza de la bahía es insólita y amarga. Demasiada para un corazón humano. Vi a Dios sentado sobre una roca muy taciturno contemplando el mar. Estaba triste y arrepentido de la criatura humana, tan imbécil. En su opinión, el hombre no era digno del paisaje. En lugar de adorarlo, se dedicaba al contrabando de whisky y a ser candidato a diputado. Unos bastardos sin ideales espirituales, sin un sentido místico del mundo. Muy desesperado, mi amigo Dios maldijo la raza humana y se lanzó de cabeza al océano. Pobre Dios ahora comido por los cangrejos. Fuera del mar, lo otro divino que encontré fue la emoción de Bolívar caminando tísico y desilusionado bajo las ceibas de San Pedro Alejandrino. Venía de amar mucho al Libertador a través del libro de Fernando González. Y esta emoción se hizo más violenta al evocar su cielo moribundo y su soledad en aquel paisaje en que toda la gloria humana es inferior a la naturaleza, pues lo terrible de la gloria es que sea mortal y que el paisaje le sobreviva. Bueno, allá se me reveló la miseria y la grandeza del destino.

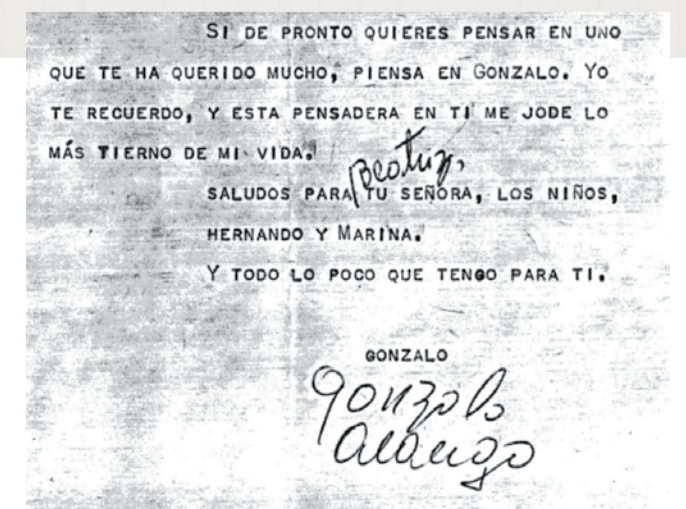
Después ya no tuve con qué pagar la inmunda ratonera donde vivía y regresé a este santo y estoico monasterio donde habito. Otra vez quemándome y creando mi destino en este horno de purificación. Definitivamente todas mis cartas están jugadas a la belleza, esta diosa cruel que nos premia nuestro culto con el infierno. Desesperada alegría la de este rito. Tú que eres uno de sus elegidos conoces ese placer mortal.

De paso te hablo de eso. Ayer, sin advertir nada de tu enfermedad le pregunté a Eduardo Mendoza si te conocía. Me dijo sin pensarlo dos veces que tu novela era lo mejor que se había escrito en Colombia en los últimos años. Incluso que se la había hecho leer a Javier Arango Ferrer como el documento literario más artístico y trascendental sobre la violencia. De verdad me emocionó oírle expresar un concepto tan espontáneo y desinteresado. Luego le cuento lo que te pasa, y se puso muy callado y abatido. Yo no sabía que te estimaba y admiraba tanto. Pero la culpa es tuya porque siempre has sido el más humilde y profundo de los escritores. No ostentabas con tu intimidad de artista. Siempre parecías ir por la calle como un asombrado, y en tu camino me encontrabas y me invitabas a un café y un cigarrillo. Nunca hablabas de literatura porque precisamente eres un artista muy ocupado con la vida. Bueno, había que adivinarle que eras novelista. En cuanto al más grande y puro de los amigos no había que adivinarlo, porque esas cosas se te salían al rostro y desnudaban tu intimidad. Estar contigo fue siempre una fiesta. Siempre será duro renunciar a ese derecho que teníamos sobre ti. Yo no lo aceptaré nunca sino como una maldición, como enigmas de dioses que vuelven a exilar a los mejores de entre nosotros. Extraño tu exilio compañero, y amargo el cáliz que nos dejas.

Mi amigo Eduardo te manda un saludo y una petición muy cordial: desea publicar uno o dos de tus cuentos en el suplemento. Yo le dije que tenías algunos inéditos, y que tal vez por mi intermedio era posible que cedieras alguno. El estará encantado y honrado de publicarlos. ¿Por qué no haces este regalo a tus amigos? Espero que te sea posible.

Si de pronto quieres pensar en uno que te ha querido mucho, piensa en Gonzalo. Yo te recuerdo, y esta pensadera en ti me jode lo más tierno de mi vida.

Saludos para Beatriz, tu señora, los niños, Hernando y Marina. Y todo lo poco que tengo para ti. Gonzalo.





# LA FASCINACIÓN DE LA GUERRA

ENSAYO CON BOMBAS, HÉROES Y VÍCTIMAS.

por REINALDO SPITALETTA

Ilustraciones tomadas del libro *¡Putá guerra!*

Si es tan atroz, si es tan inhumana, sin con su ejercicio el hombre muestra la peor parte de su condición, ¿por qué la gente va a la guerra? ¿Por qué se entusiasma con ella? Tiene que haber más de una razón (¿o de una sinrazón?) para que los rebaños armados marchen —muchas veces cantando— al matadero. Carl von Clausewitz declaró que la guerra es la continuación de la política por otros medios. También podría ser, con otra perspectiva, la falta de política, entendida esta como el arte de la convivencia pacífica entre los pueblos, como la convivencia dentro del conflicto.

Mirado así, tal vez desde una óptica idealista, el deber ser de la política es el de aprender a tener conflictos sin la necesidad de la eliminación del otro. Lo cual corresponde a un estadio de civilización. Pero, al contrario, lo que ha caracterizado a las civilizaciones es la guerra, la violencia, la imposición de un modo de vida o de pensamiento sobre otro, el dominio de unas clases sobre otras. O de una superpotencia sobre naciones subyugadas.

La resolución de conflictos sociales, económicos, políticos, tendría que realizarse con métodos que permitan la integridad del otro, la preservación del opositor. Pero, ¿cuáles? Hasta ahora, la guerra sigue siendo una especie de sangrienta partera de la historia. La lucha por el poder se traslada a los abruptos terrenos de la fuerza, casi siempre bruta, que trascienden lo político para darle paso a la confrontación armada. El poder nace del fusil, sintetizaría Mao. Proponer como solución a los conflictos la construcción de una sociedad armónica, con características paradisiacas o angelicales, se parece más a una esperanza de ilusos pacifistas, con mucho corazón y poco cerebro, que a una obra pragmática. Oponer ese estado de ensueño a la amenaza de la guerra, con el fin de evitarla, es menos una posición razonable que una chapucería. A la guerra —gritan los guerreros— se le combate con guerra.

La guerra emite sus cantos de sirena, a los cuales sucumben los que no alcanzan a taparse a tiempo sus oídos. Tiene un incontrolable poder de seducción. ¡Hay que ir al campo de batalla!, ordena un dirigente, un general, un candidato, y abundan las salvas de aplausos. ¡Oh, qué valiente! Mamburú se fue a la guerra. Y, casi siempre, al combate irán los hijos de los pobres, que no los del banquero, ni los del dueño de la fábrica, ni los del magnate de la transnacional. Las arengas guerreristas se dirigen a la emoción, se les suman, como a una receta macabra, ingredientes varios, o nacionalistas, o de defensa de la patria, cuando no de la religión o de un credo político. Se trata, como suele ocurrir, de mostrar la guerra como única posibilidad para defender la democracia, el establecimiento, o, en otros casos, para mantener los privilegios de una clase social. Pero en el fondo del aturrido entusiasmo que genera subyace un motor: la guerra como una manera de la felicidad, tal como lo planteó Estandislo Zuleta.

“Los diversos tipos de pacifismo hablan abundantemente de los dolores, las desgracias y las tragedias de la guerra —y esto está muy bien, aunque nadie lo ignora—; pero suelen callar sobre ese otro aspecto tan inconfesable y tan decisivo, que es la felicidad de la guerra. Porque si se quiere evitar al hombre el destino de la guerra hay que empezar por confesar, serena y severamente la verdad: “la guerra es fiesta”, escribió en su ensayo *Sobre la guerra*.

Ese mecanismo interior produce una exacerbación sensorial. Hay que marchar contra el enemigo contentos porque nos motiva una causa justa, la de defender nuestros valores, nuestro futuro, nuestro país, nuestra religión, nuestro Estado. No importa morir, porque se trata de un aporte, de un sacrificio propiciatorio para que el dios de la guerra nos bendiga, para darnos la entrada a un paraíso, para dejar sin brozas el camino. Por él caminarán otros. Es como ir a una bacanal a emborrachar nuestros sentidos, que la sangre también embriaga. Nuestra cuota para el baile. Al pueblo alemán lo embarcaron en la aventura (o desventura) de la guerra, con sueños megalómanos, con delirios colectivos, con promesas del superhombre. Y con una expresión de la vindicta (el experimento propagandístico ya lo había promovido, en la Primera Guerra, el presidente Wilson de los Estados Unidos).

Los líderes lo saben, y, por eso, palabras como honor, principios, heroísmo, grandeza de una nación, saltan en sus convocatorias como los conejos de prodigio del sombrero de un mago. Vista la guerra como un goce colecti-

vo, los guerreros son muy manipulables: a cada uno se le puede inculcar el rol del redentor. No importa el mutilado ni el herido, y menos el muerto que ya cumplió, porque los asiste la animosidad del combate, una suerte de mesiánico destino.

Nadie duda, de otra parte, de las posibilidades estéticas de la guerra. La literatura, la pintura, el teatro, la epopeya, el cine han dado fe de su belleza trágica. Una lanza que atraviesa la cabeza de un guerrero en las llanuras de Troya, el último aliento de un miliciano en la guerra civil española, los sembrados de trigo abonados por cadáveres, la luz que agoniza mientras transcurre una batalla, el canto de un grillo en la pradera tras el cese de los disparos, en fin, tantos libros y cuadros y crónicas y películas y fotografías dan cuenta de ella.

Pasa casi siempre que al que va a la guerra, con todo y su festejo, con toda su expectativa de asistir a una orgía de sangre y horror, desconoce las causas de la misma; llega con sus sentidos enardecidos, como quien, invitado a una juerga, aparece con varios tragos tomados. Por supuesto, la dimensión estética de la guerra la ven los artistas, no el soldado, no la víctima, tampoco el victimario. Para los parientes del combatiente caído tal vez no pueda haber nada de belleza en su sacrificio. Qué de estético puede tener la muerte de mi hermano, el balazo en la cabeza a mi amigo, la destripada de mi padre a

punta de bayoneta; pero, como un atenuante, el que marchó a la batalla podrá tener un consuelo: murió por el honor, la patria, el líder, la causa. Y llegan las medallas.

Esa felicidad epidérmica que produce la guerra hace creer a los que a ella se suman que es una llamarada que no quema. Sobre todo en estos tiempos mediáticos en los que uno puede ver los misiles y las bombas como si fueran fuegos de artificio; en que tantos observan en primera fila, sin mancharse, sin salpicarse, los ataques israelíes a los palestinos; los bombardeos estadounidenses a Iraq, a Libia, a Sarajevo, como si asistieran a una piñata. O los atentados en cualquier lugar del mundo. Vista en la pantalla chica (que ya no es tan chica), la guerra parece un juego cibernético.

Lo decía el desolado Hamlet, al ver la destrucción inmediata de veinte mil hombres que, por un capricho, “por una estéril gloria”, iban al sepulcro como a sus lechos, “combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que no es suficiente sepultura para tantos cadáveres”.

Qué edad tan detestable esta en que ahora vivimos. La voz es la del triste caballero manchego. “Cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella”, advertía Don Quijote en su discurso sobre las armas y las letras. Sin embargo, la euforia de los cañones continúa. Por los siglos de los siglos... ☹



# ¡PUTA GUERRA!

por JAVIER MORENO

Ilustraciones tomadas del libro *¡Putá guerra!*

En el colegio las guerras se enseñan no solo desde la perspectiva de los bandos vencedores sino desde la posición de sus comandantes. Sus narrativas establecidas justifican la aniquilación descarnada con cuentos fáciles sobre el honor, la libertad y la valentía; o excusas idiotas sobre la muerte de tal o cual gran señor (nunca es la codicia, nunca es la mezquindad de los poderosos con ansia de más), y subliman la masacre porque siempre es incómodo reclamar gloria sobre una pila de cadáveres vistosa, podrida y humeante. Los muertos vulgares afean la épica. La grandeza moral de los héroes no admite, mientras se combate, descripciones explícitas de la suerte de los anónimos que en su nombre, o el de la abstracción vacía que representen (sea país o sea idea), sacrifican sus vidas muy literalmente en el campo de batalla.

*¡Putá guerra!* (*Putain de Guerre!*) es el segundo álbum documental del dibujante y escritor francés Jacques Tardi (apoyado por el historiador Jean-Pierre Verney) sobre la guerra del catorce al dieciocho. El primero fue *La guerra de las trincheras* (1993), un compendio de anécdotas de combatientes franceses que empezó a coleccionar desde niño, casi inadvertidamente, a través de conversaciones con su abuelo (uno de esos sobrevivientes que nunca volvió realmente). Tanto en *¡Putá guerra!* como en *La guerra de las trincheras*, Tardi enfatiza antes que nada la condición condenada del combatiente solitario, su desconexión radical con la Historia de los libros y la indefensión resignada que casi lo define, esa melancolía del que

se sabe muerto. Los soldados que pueblan sus anécdotas pocas veces viven más de tres páginas antes de explotar bajo una carga de artillería o terminar baleados en tierra de nadie, de camino a posiciones adelantadas, por algún francotirador providencial (un Franz o un Fritz con una ametralladora bien emplazada). Las cabezas vuelan, los torsos son agujereados, las extremidades son molidas y destrozadas por la metralla, las bayonetas atraviesan hígados e intestinos o abren la panza para dejarlos fluir. Es un infierno y nadie quiere estar ahí. Ni siquiera saben por qué están ahí. La incomprensión es el sentimiento predominante. Obedecer conduce a la muerte. Desobedecer a la muerte por corte marcial. El mayor premio es ser herido o capturado por el enemigo porque ahí termina el horror. Ser prisionero es un alivio.

En *¡Putá guerra!*, Tardi recorre cronológicamente la campaña francesa por cinco años, desde el catorce hasta el diecinueve, bajo la voz de un combatiente parisino sin nombre, desesperanzado, lleno de amargura y un humor oscurísimo, que presencia con horror y resignación cómo los cuerpos de sus compañeros caen o se deshacen entre el fango y la mierda de las trincheras, entre esa rutina incomprensible de las cargas a horas precisas y las treguas ocasionales para fraternizar e intercambiar comida con alemanes tan perdidos como ellos. La Primera Guerra Mundial fue probablemente la última donde el contacto físico entre combatientes enemigos era frecuente (el narrador se cruza con el mismo soldado alemán varias veces en tiempos muertos entre batallas), y la primera donde la masacre masiva podía ejecutarse desde distancias rotundas, ya fuera a través del prodigio de las máquinas voladoras, con artillería de alta potencia o con gases misteriosos desarrollados por futuros premios Nobel. El Medioevo y la Modernidad en comunión. La destrucción siempre a la vanguardia de la ciencia.

Escenas: un alemán (un "huno", un "boche", un "krautz") salta desde un zepelín en llamas; su paracaídas no abre; tres huérfanos caminan por varios días hasta llegar a París, donde los recibe una carga de artillería alemana disparada desde el pueblo del que venían; los reclutas forzados de las colonias africanas al frente de cada combate; el cura soldado que dice que si Jesús viviera tomaría un fusil para luchar contra Alemania y que un día salió de la trinchera, camino hacia el enemigo y nunca volvió; el contraste entre la magnificencia de los generales condecorados y sus discursos ("Me gustaría haber visto a todos los sa-

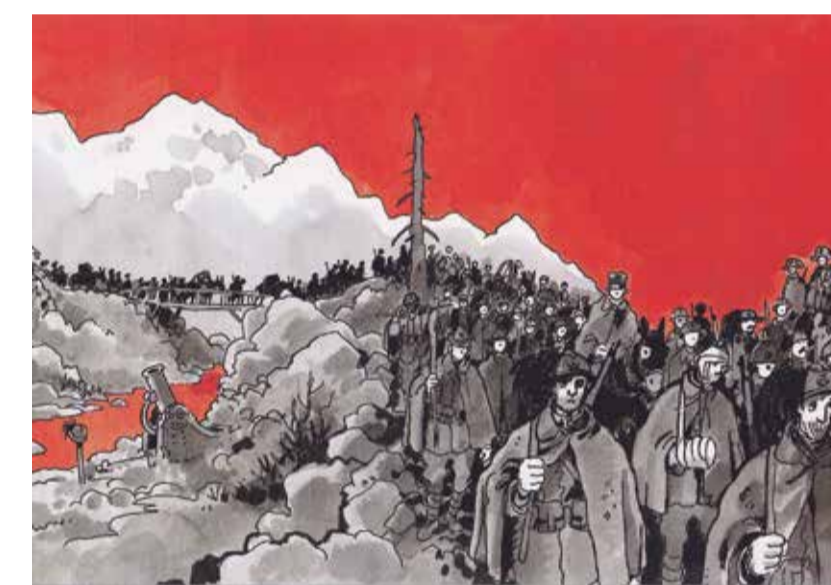
Cien años de la Gran Guerra y todavía merece su nombre.

El catálogo de muertos es tan amplio que hemos decidido irnos por los libros. *¡Putá guerra!* es la primera de una serie de reseñas de guerra que tendrá a los escritores como generales. Para el estreno lo hemos hecho acompañar de un dibujante mayor y un cabo en historia. Al pie de página y en pie de guerra.



*¡Putá guerra!*

Jacques Tardi  
Jean-Pierre Verney.  
Editorial Norma.  
Barcelona.  
2010



bihondos aquí, en el corazón del infierno: Joffre, el presidente, el Kaiser, los ministros, los curas y hasta el último general. Y mi madre, por haberme traído a este mundo"), y los fusilados (con tiro de gracia en la sien) por cantar una canción ("Adiós a la vida, adiós al amor / Adiós a todas las mujeres / Este es el fin, para siempre / Esta guerra despreciable / Debemos dejar nuestros huesos / En la planicie de Craonne / Porque estamos condenados / Hemos sido sacrificados", dice el coro); los pedazos de carne desperdigados sobre la tierra de nadie bajo nieve (escribí por error "tierra de sangre", casi lo dejo); el cuerpo seco de un hombre empalado en un árbol por la fuerza de alguna explosión; los muertos a merced de los gusanos junto a los vivos enloquecidos; dos páginas de retratos de hombres que perdieron sus caras: sin nariz, sin ojos, sin mandíbula; la medalla colorida en la almohada de una momia sin brazos ni piernas, con gusanos bajo las vendas controlando la gangrena.

*¡Putá guerra!* es un trabajo de representación minuciosamente detallado de la psicología y sociología del combatiente (su entorno, sus condiciones de vida, su miedo, su nostalgia, su confusión, el absurdo omnipresente); y también del desarrollo de la guerra en un sentido global, desde las primeras escaramuzas casi lúdicas, con uniformes ridículos de Mamburú en pastizales belgas, hasta el abandono de las trincheras, esos frenocomios bajo tierra que se inventaron, parecería, para no tener que sepultar a quienes caían bajo sus propias balas o las ajenas: los desgraciados abrían sus propias tumbas, era conveniente. A medida que los años pasan (a tres paneles largos por página) los colores brillantes de los primeros dibujos se difuminan hasta decantarse por un juego de grises ocasionalmente manchado del rojo de la sangre que brota de las heridas abiertas o el amarillo verdoso de los gases. Cuando llega el final de la guerra vuelven los colores, pero apenas parcialmente: gane quien gane todos pierden, excepto por los que siempre ganan. La destrucción es profunda. Los miembros perdidos no vuelven a nacer. La guerra no acabó con las guerras. ☹





# ESE BOCADO SABROSO

por J. ARTURO SÁNCHEZ TRUJILLO

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Cuando escuché el “¡ay, dios mío!, ¡ay, dios mío!”, pensé que un carro había desbaratado a alguien; cosa normal en esas calles llenas de escombros, de dudas, de huecos, de basurales, y con muchos desahuciados a orilla de carretera que divagaban arrastrando sus costales rotos por ahí, como troncos que iba vomitando la ciudad.

De inmediato descarté esas especulaciones, porque salvo aquella corta y angustiada plegaria, antes o después no se oyó ningún ruido, ni golpe seco, ni rastrillar de llantas, ni quejidos. Entonces se dijo que también podría ser el recursivo mantra de una parturienta estrato cero, dando a luz en los solares y recovecos que dejaban las demoliciones del barrio; o un aullido del viejo lisado de guerra que vivía en frente, lamentando de nuevo la huida de su pulgosa mascota. Recordó no obstante que el anciano había fallecido de hambre unas semanas atrás y que por normas de urbanidad estaba prohibido parir en los solares de la ciudad. En esos matorrales solo existía el permiso para la muerte.

El señor Armando Cruz se empeñó en descubrir, o imaginarse de alguna forma ese asunto. Elucubraba que podría ser la voz apurada de alguien atracado en la calle, pero tampoco se escuchó el tal “¡cójalo!”, palabreja que rodaba en esos pavimentos traviesos sobretodo los miércoles en la tarde, tiempo en el cual por estar a mitad de semana, la gente se hallaba relajada, desprevenida, lista para que le robaran.

Queriendo salir de dudas, se asomó de inmediato a la ventana de su apartamento, pero sin ninguna intención de ser vil metiche. Lo principal según él, a esas horas de lacerante sol de los locos, era estar a cubierta, en lo suyo, rehaciendo crucigramas; y además tampoco cargaba con el síndrome de buen ciudadano. Agazapado en los cristales, vio que algunos de sus vecinos y el tendero de la esquina sacaban ojos y orejas a la calle y clavaban la vista hacia el primer piso en los bajos de su domicilio, justo donde se levantaba uno de los últimos respiros de la naturaleza, un pequeño sobreviviente que debido a un extraordinario descuido, las modernas constructoras dejaron en pie.

Bajo el follaje aromado, una mujer de largos calendarios acababa de tomar con cierto ritualismo algunos frutos que generosamente colgaban a la mano y terminada su labor miró hacia el cielo soltando una extraña exclamación: “Si me lo cortan, no cojo zoquete”, de inmediato alzó la mano espantando a alguien



que parecía estar cerca y, percatándose de Armando, le lanzó un destello fulminante e incitador.

“¿Cooooo?!”, exclamó él echándose atrás horrorizado mientras se rascaba la coronilla y reciclaba la monserga: “¿Si me lo cortan?... ¿No cojo zoquete? ¿Quién, qué, cómo, cuándo, dónde y porqué?”. A renglón seguido, dado que la fogosa mirada de la mujer no dejaba de apuntarle; juzgando y presintiendo que ya lo suponían candidato, se retiró de la ventana. Palmoteó al aire en un gesto de fastidio, recriminándose por involucrarse terciamente en líos ajenos, y volvió a su intimidad de solterón solitario y buscón de palabras. Después todo quedó petrificado por unos segundos en un engañoso silencio.

Terminadas sus súplicas, la mujer se dirigió presurosa unos metros arriba a la recién inventada capilla, ubicada en un costado del otrora parque infantil que, víctima de saltadores nocturnos, fue clausurado al perder a rasponazos sus estructuras de metal. Columpios y pasamanos habían ido desapareciendo pieza tras pieza para ser vendidos como chatarra diez cuadras abajo, en las trochas del Metro.

Varios días después de la desconcertante y espontánea función callejera, mientras el hombre realizaba sus compras —allí donde se rebuscan más los chismes que la vitualla— supo que el árbol al pie de su casa era considerado oasis y delicado manjar para todos. Tres generaciones le codiciaban y se surtían de él, aunque nadie se tomaba la molestia de regarlo. Supo además que ese “¡ay dios mío!”, lo había proferido aquella visitante habitual del árbol antes de pasar a la capilla para rezarle a San Antonio, esperando le proveyera un marido, “¡¡¡pero bien obediente y fiel!!!”. Su escándalo evitó que el vecino de al lado, hombre rudo con atisbo de buitre, repleto de colgandijos de egos brillantes, decapitara aquel ángel vegetal esa tarde.

Las buenas noticias acerca del impensado tesoro, que se levantaba majestuosamente sin pedir nada a nadie, digno, único entre los amontonados de

lo cotidiano, le cambiaron a Armando su ciega indiferencia del entorno por esas frasecillas que gustan decir los de suerte en las chiripas: “Esto me sirve”, “¡jijlo mío, mío!!!”, y empezó desde ese punto a considerarlo suyo. Cada vez que le veía se lo imaginaba haciendo milagros mientras una luz inmarcesible se encendía en su frente: “Mi palo”, como quiera que haciendo cuentas y mediciones se encontraba sembrado al frente de su domicilio. Y agujoneado por un sagaz instinto usurero que era parte de la genética municipal, hasta se le pasó por la cabeza que un día de estos debía prohibir tales incursiones gratis al árbol, vislumbrando la posibilidad de montar un pequeño negocio de ventas, con descuentos al por mayor y fiados con interés.

Así pues, se dedicó a vigilarlo las veinticuatro horas, viendo como a su alrededor se congregaba mucha gente de distinta condición y edad, con el fin de hacerse a sus regalos. No solo arribaban los vecinos, sino también habitantes de los barrios aledaños: curas y monjas de la parroquia, burócratas y policías de la zona, niños escapados de la escuela, carretilleros, taxistas, sobrevivientes de calle, perros y gatos, todos llegaban chorreando sus babas allí. Ese bocado sabroso era la repartición de los panes y los peces, estaba en servicio gratuito permanente y siempre tenía su buena cosecha.

Un domingo no pudo soportar la curiosidad de catarlo, se imaginó que si lo dicho era verdad por ahí derecho le podía aliviar de su estropeado optimismo. Así fue, cuando le metió el diente quedó redondito, sintió que recuperaba el asombro; en adelante se evitó media docena de visitas nocturnas al orinal y hasta pudo expulsar las lombrices que anidaban en sus recuerdos y los carbones de la ingenuidad empotrados en su cabeza. Comprendió que las cosas buenas están

agrestes, brotando de la tierra, y que únicamente la gran ignorancia no veía o detestaba las pequeñas y delicadas maravillas.

Todo el asunto fue claro después del mordisco; excepto algo... a él no le cuadraba una cosa, el inexplicable —podría decirse fratricida— comportamiento del vecino, a quien consideró “un seudo leñador espurio y contra natura”. No le funcionaba la postura inaudita del hombre de mirada de buitre al que tuvo que interceptar varias veces, cuando manos a la barbarie, siempre envuelto en un mutismo demencial, trataba de desaparecer al árbol bien con una ruidosa motosierra de mano, bien con su largo y trágico machete; actitud que le martirizaba e interrumpía sus labores de crucigramista: “¿Porqué ese vecino quería descuartizar el árbol? ¿Qué crimen había cometido ese alguien que, sin reclamar sus méritos, solo era abrigo, remedio, compañía? ¿A qué tanta ojeriza, tanto odio? ¿Acaso se trataba de una vieja venganza política?...”. La posibilidad de que ese sujeto lograra su cometido se volvió a los ojos del autoproclamado dueño en una obsesiva posible catástrofe.

Y no era para menos. Porque ese señor caribe realmente constituía un milagro en medio de tanta desfachatez y bestialidad. Nuestro *Psidium* de la *Myrtaceae* no excedía los veinte pies, se le veía desparramando salud y parecía exonerado de plagas, daba sombra o resguardaba de la lluvia a cualquiera. Su uso medicinal se extendía a las hojas, el fruto, la corteza y la raíz. Tanto o más extraordinario era su aroma característico que inundaba las calles, contrarrestando el acre humo de los motores y la pestilencia de los basurales. Ese versátil macondiano que brotaba todo el año tenía un venerable historial en la memoria ancestral y había sido un regalo de Quetzalcóatl y Yaya, con el propósito de agradar a todos los gustos. Era cero distingos; Armado nunca había conocido una sola persona que se pareciera a ese árbol.

El día de los muertos se oyó de nuevo ese “¡ay dios mío!”, que no paraba de repetirse. Sin dudar, sin siquiera mirar por la ventana, bajó apresurado; sabía lo que estaba ocurriendo. ¡Preciso! Allí fastidiaba ese hombre de los colgandijos, con la boca torcida y los ojos como dianas, vomitando bilis, convulsivamente rabioso, probando nuevas tácticas, listo para vaciar un balde de gasolina y echarle fuego. Pero también, de frente, cerrándole el paso, la exclamadora en su aspaviento. Haciendo lo propio, el recién llegado “dueño” se interpuso y conminó al agresor a soltar el balde, o la lengua, dando explicación de su piromanía.

“¿Porqué, porqué?”, “¿cuál es tu bronca con mi palo?”, le cuestionó mientras un tembleque agitaba su barbilla. Y por fin tuvo una respuesta del suso-dicho, que farfulló fuera de sí pelando su escandaloso 357 sin silenciador: “¡!!!Porque me da la gana!!!” “¡¡¡Y pa'vos también hay candelita!!!”.

El jubilado protector, a quien antes se le vieron encendidos los cachetes, ahora palideció. Y cuando todo andaba caliente, a punto del incendio, un viento fresco y fuerte que venía de la nada se arremolinó en ese árbol esparciendo una fragancia embriajadora que calmó los ánimos, e hizo que las ramas agitadas improvisaran el son de las marimbas. Entonces se desgajaron a montones las coloridas, dulces, e imperdonables frutas. Y lo que antes fuera un cariacontecido público en la alborotada cuadra del zafarrancho, pasó a ser un tropel alegre recogiendo guayabas maduras. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

## GABO TRAS LAS CÁMARAS

Cuando se estrenó aquí *Crónica de una muerte anunciada* (del gran Francesco Rossi, el mismo de *Salvatore Giuliano*), me decía Orlando Mora, siempre sabio, que el director debería haber situado esa trágica historia de honor y fatalismo en su propio país —tal vez en Sicilia—, donde la trama y él hubieran estado como pez en el agua. No se pudo, triunfaron intereses de coproducción, y salió el pastiche que salió. Un poco lo mismo, pero al revés, sucedió cuando, al parecer, Akira Kurosawa se mostró interesado en llevar al cine *El otoño del patriarca*, pensando ubicar el asunto en algún remoto escenario del Japón medieval; creo haber leído que al mismo Gabo le entusiasmó la idea, que acaso lo hubiera redimido para el cine. Tampoco esta vez se pudo, y su mejor libro debió resignarse a ser simplemente lo que es, apenas una obra maestra.

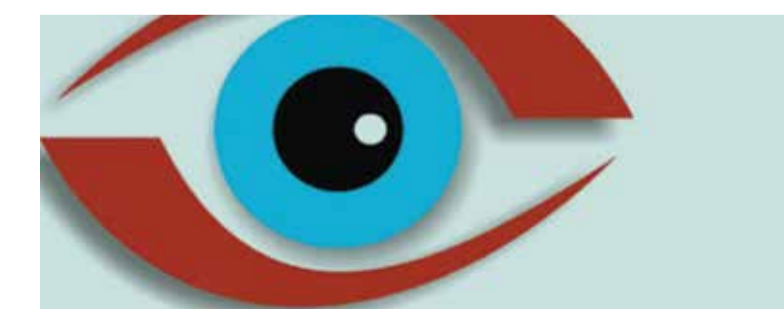
*El amor en los tiempos del cólera*, dirigida sin alma por alguien que nadie recuerda, logró convertir a Bardem en un pobre remedo de actor, y al maquillador en un aprendiz de colegio; se salva el bolero de Shakira, valor único y agregado. Algo similar podría decirse de *El coronel no tiene quien le escriba*, donde Arturo Ripstein corrió parecida suerte. Y es mejor tender un manto de olvido sobre *Edipo alcalde*, de Jorge Alf Triana, con culpable intrusión del propio Gabo, autor del engendro. *Tiempo de morir*, la mexicana y la colombiana, adolecen de ser un western, y nunca ha estado bien invadir terrenos ajenos.

Finalmente, a mi juicio, lo más rescatable: *En este pueblo no hay ladrones*, muy bien ambientada en México por Alberto Isaac, que quizás funciona porque no tenía aún el lastre de un monstruo sagrado; y dos medio metrajes, basados en relatos o guiones de GGM: *Cartas desde el parque*, de Tomás Gutiérrez Alea, recreación a la cubana del *Cyrano de Bergerac* de Edmond Rostand, y *Milagro en Roma*, de Lisandro Duque; en las dos, pero sobre todo en la última, aflora una auténtica magia macondiana. Veremos qué nos depara el futuro, ya sin la presencia intimidante del gran patriarca.

Prólogo: *La langosta azul*, un ejercicio de amigos sin ninguna intención de prolongarse. Lástima.

### CODA

Suelen preguntarle a Rodrigo García Barcha si no le tiente llevar al cine algún relato de su padre. Responde siempre que no. Su cámara no enfoca el olor de la guayaba. ☺

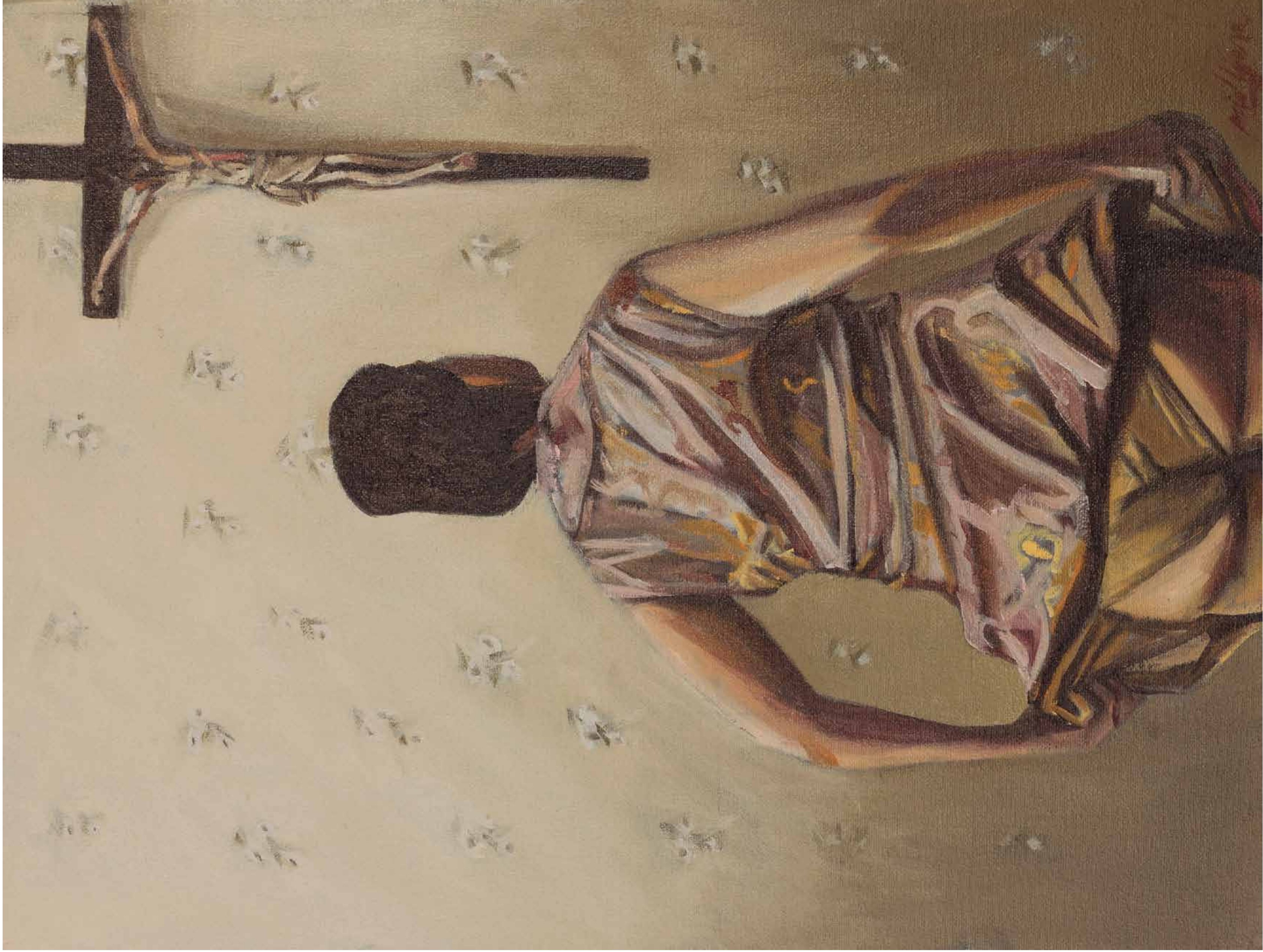


DR. GUSTAVO AGUIRRE  
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

CIRURÍA CON LÁSER

Clinica SOMA  
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00





Dresán Millojara  
**¿Si dios quiere?**  
Óleo sobre lienzo  
30 x 40 cm  
2014.



# Notas alrededor del culo

*Dios hizo el coño, ojiva enorme, para los cristianos.  
Y el culo, medio punto deforme, para los paganos.*  
Theophile de Viau

por HUGO CAEIRO Y  
ANDRÉS DELGADO



Monja arrodillada, verso. Martin van Meytens.

U n tuit, ya famoso en la red, dice: “Si la vida te da la espalda... Tócale el culo”. Según Julio Casares y su *Diccionario ideológico de la lengua española*, el culo tiene tantos sinónimos como adoradores y usuarios. Nombres tan comunes como nalgas, trasero, oje y aposentaderas. Otros picarescos como trascorral, mapamundi, as de oros, ojo moreno, salvohonor y trasportín. Y otros asociados a los encantos de caballos y vacas: anca y cuadril. También se le llama al culo con palabras ingenuas o villanas: asentaderas, clamores, nalgatorio, tafanario, orificio, orto, derrier, jopo y sieso. Y en portugués se dice dunda. Ahora en tiempos de mundial usted puede decir: “Que bonita bunda você tem” y usted queda como un príncipe diciendo qué buen trasero tienes.

Desde el *Australopithecus afarensis*, uno de los primeros antepasados que se levantó para caminar erguido, el culo empezó a ganar lugar. Miguel Núñez Ferrer dijo: “El mono perdió la cola durante la evolución, cuando a empezó a ir de culo”. Desde entonces el trasero pasó a ser el centro de gravedad del cuerpo. Lo sostiene y le da equilibrio. Y en adelante, en el proceso evolutivo, todos tuvimos uno en el mismo sitio. Pero diferente. El contraste entre el culo de los hombres y el de las mujeres, sin contar con la forma geométrica que es la diferencia más obvia, está en su representación y simbolismo. La mujer tiene el mapamundi del deseo. El hombre tiene las ancas de la fuerza. Estas diferencias simbólicas derivan de su forma de representación. El masculino se relaciona con lo sólido y el femenino con lo líquido. En



Las tres gracias. Peter Paul Rubens.

la película *Full Metal Jacket*, de Stanley Kubrick, hay una frase famosa: “Tienes un culo que parece una tonelada de chicle masticado”. El trascorral de la mujer es el culo del deseo, el culo que se penetra o por lo menos eso se dice. ¿Qué pasa entonces cuando el culo cuadrado y compacto de los hombres también es penetrado? La diferencia se rompe y la representación del culo nos iguala, porque a pesar de todo el culo es democrático. Finalmente todos tenemos uno.

Un refrán popular dice: “El que quiere peces que se moje el culo”. A primera vista, y gracias a la banalización de la publicidad y los medios, el culo parece una simple parte del cuerpo, modesta y sin remilgos: un par de lonjas de carne y sanseacabó. Pero el tema tiene tanto de largo como de ancho. El culo está presente en la pintura, la escultura, la literatura, la poesía y la música. En uno de los versos que Verlaine le escribió a Rambaud dice: “Estoy jodido. Me has vencido. Ya no tendré más que tu gran culo, tan besado, lamido y olfateado”.

Pero no solo Verlaine dejó muestras de que el culo es un símbolo del amor. También lo hizo Joyce en sus cartas a Nora. En una del 8 de diciembre de 1909, le dice: “Mi dulce putita Nora, he hecho como me decías, mi niña, y me la he meneado dos veces mientras leía tu carta. Estoy encantado de que te guste que te joda por el culo. Sí, ahora me acuerdo de la noche en la que te follé tanto tiempo por detrás. Mi polla estuvo dentro de ti durante horas, follándote y volvíndote a follor por debajo de tu grupa enhiesta. Notaba como tu gordo culo grasiento sudaba sobre mi vientre y veía tu rostro enfebrecido y tus ojos locos”.

El culo es el verdadero emblema del amor. De hecho, el corazón como símbolo del amor no es más que un culo pintado de rojo.

¿Y qué pretendió ese movimiento *La Garçonne* en los años veinte? Figuras de mujeres rectas y planas. Borrando las fronteras de género, suprimiéndolas con trajes de corbata y pelo corto para la mujer, moldeando el cuerpo, expulsando el culo y sus líneas curvas, dando paso a líneas rectas. *La Garçonne* es la

historia de la censura al culo, la negación de una parte del cuerpo.

En el libro *La historia del ojo*, de George Bataille, se narra esta pequeña anécdota del culo como una fiel y obediente mascota: “Llevaba medias de seda negra que le subían por encima de las rodillas, pero aún no había podido verle el culo (este nombre que Simona y yo empleamos siempre, es para mí el más hermoso de los nombres del sexo). Tenía la impresión de que si apartaba ligeramente su delantal por atrás, vería sus partes impúdicas sin ningún reparo. En el rincón de un corredor había un plato con leche para el gato: ‘Los platos están hechos para sentarse’, me dijo Simona. ‘¿Apuestas a que me siento en el plato?’ ‘Apuesto a que no te atreves’, le respondí, casi sin aliento. Hacia muchísimo calor. Simona colocó el plato sobre un pequeño banco, se instaló delante de mí y, sin separar sus ojos de los míos, se sentó sobre él sin que yo pudiera ver cómo empapaba sus nalgas ardientes en la leche fresca. Me quedé delante de ella, inmóvil; la sangre subía a mi cabeza y mientras ella fijaba la vista en mi verga que, erecta, distendía mis pantalones, yo temblaba”.

El culo tiene historia y se ha modificado a lo largo de los siglos, ha evolucionado e involucionado. Ha sido satanizado y santificado. En la Edad Media fue uno de los protagonistas del histórico oscurantismo. Adorar el culo era como adorar al diablo. ¿De ahí deriva su asociación a lo negro, a lo oscuro? Tal vez. Lo cierto es que el culo en aquella época era un lugar del mal, la cueva de satán. En el libro *Breve historia del culo* se señala una singular ceremonia de iniciación: “El beso infame o beso obsceno consistía en posar los labios en el ano del Diablo, es decir, su ‘otra boca’. Ese acto de rendición absoluta, era el primer paso de seducción que el Diablo exigía a sus adoradoras”. Sin embargo, no hay que negarlo, el culo es el lugar del placer y del dolor, allí sucede de todo menos un acto reproductivo. “Seguramente hay algo de extático en el beso en el culo. Porque es un beso que se da en la negrura: los ojos están



La virgen castigando al niño Jesús ante tres testigos. Max Ernst.

engullidos por la carne, aspirados totalmente por el agujero oscuro. En pocas palabras, es un beso que ciega”.

El culo fue esclavizado y liberado. Es objeto político y por lo mismo, el culo ha sido símbolo del poder. Antanas Mokus mostró la nalga en la Nacional. Y Winston Churchill dijo: “Quien habla mal de mí a mis espaldas mi culo contempla”. Otro refrán dice: “Lambiendo culos subió Miguel, y ahora le lamben el culo a él”.

El culo no sólo es deseo y placer. Es la ofensa, la burla, la ironía, el lugar del castigo. En el culo, como en todo, el uso es el significado. Por eso no siempre es malo cuando te dan culo. Es empleado de la publicidad y produce millones anuales en campañas de mercadeo que venden, usando un buen ejemplar, desde un tarro de pintura, pasando por un champú y terminando con un prometedor curso de inglés. Otro refrán popular reza: “El que tiene el culo alquilado, no puede sentarse en él”.

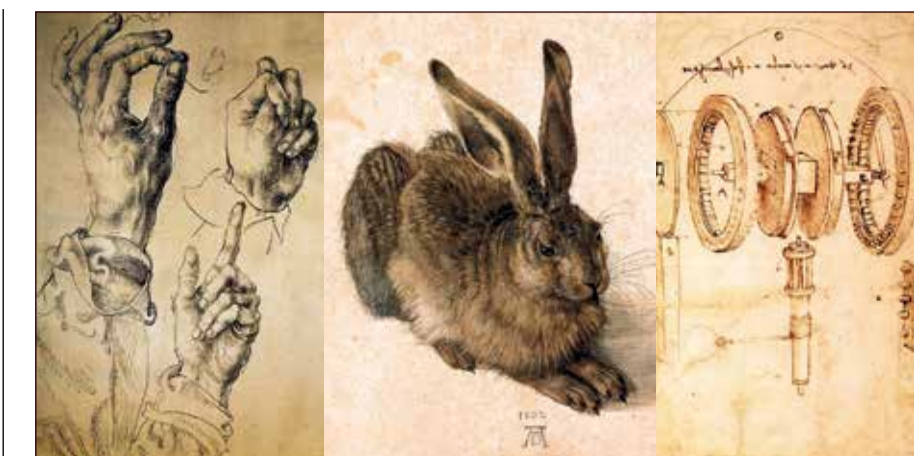
El culo es tierno, como los culitos de los bebés, que sirven para vender pomadas. Pero además es amoroso, erótico, pornográfico. Nada como cogerle el culo a tu pareja en la calle. Además, el culo querido siempre es perfecto. Y no hay nada que se compare en cuestión de mordiscos como morder ese culo que se ama. Y puede ser suave o afilado, puntudo u obtuso. Magnífico, generoso, maligno. Nada como un culo maligno. Uno que embruje. Un culo que enyerbe, uno que envíe, un culo que encoñe. Puede ser ancho y blando. Un culo peludo. O escualido y estrecho. Escaso y negro. Un culo mestizo. Con estrías. O blanco y suave como un par de huevos.

Es en el culo donde se dan las pelias y adultos seguimos dándole azotes con los entrenados látigos del sado. El culo es inspiración para el humor, la ironía y el insulto. Nada tan grave como que te manden a dar por culo. Es protagonista en el porno. Pero además tiene personalidad. El culo es orgulloso, engreído y hasta vanidoso. A veces también es humilde y llamado. El culo es animal camaleónico.

Como sea, de simple, el trasero no tiene nada. Habrá que seguir descubriendo ángulos y observaciones, fetiches y obsesiones, traiciones y desamores para entender lo que significa el culo. ☺



Dibujo de Tom of Finland.



Ver, Pensar y Hacer  
TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ Calle 11A Nº 43E-5 · 3º piso · 301  
Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

PASCUALINAS Planetario de Medellín entrada principal Tel: 263 2511

panadería natural, cafés de origen.  
Carlos E Restrepo tel: 260 1355

¿Quieres conseguir más clientes?

Verás crecer tu negocio haciendo Marketing Digital  
www.cohete.net

el Alemán Pues  
— Restaurante & Cervecería —

CATA  
de cervezas alemanas  
11 DE JULIO

El Poblado Cra. 43B No. 11-76 Manila. Inscripción: 268 4420



# DICCIONARIO DE VICIOS

## Un vicio complejo

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Elizabeth Builes



No soy un adorador de los vicios como los poetas fundadores de la modernidad, a la manera de Baudelaire, por ejemplo. Creo por el contrario que todos los vicios resultan cargantes a la postre. El opio, la gula, la pereza, la marihuana y el alcohol, lo mismo que los de la carne, tan socorridos que ya no cabemos, fueron cantados muchas veces por poetas amargos y cínicos para hacerse perdonar sus debilidades y fingirse más inteligentes que los demás, o parecer más interesantes por sus negros adornos. Pero la historia está llena de tristes ejemplos de viciosos arruinados en aras de algún dios torcido.

Los vicios no son más que unas adherencias más o menos viscosas que se nos van entreverando entre los hábitos comunes hasta que se nos quedan pegadas contra nuestra voluntad muchas veces. Parásitas de la conciencia. Huéspedes abusivos que en ocasiones acaban por consumir la casa de la carne donde fueron recibidos con alegría. Y al fin matan el alma también por consunción.

Todo vicio se sufre a la larga. Al principio los vicios nos halagan, nos dan la ilusión del lujo de una soberanía nueva, de un hallazgo. Nos ilusionan. Pero después nos humillan. Y es cuando llega la fecha de decidir que no lucharemos más por vencerlos. Y que viviremos con ellos como con una familia de discolor. Pues nos han ganado la partida con cartas marcadas. Yo no sé si existe una santidad del vicio. Algunos han creído que se puede llegar a donde estamos destinados por el dios interior, a través de caminos perdidos y sombríos.

A mí los vicios por fortuna acabaron por cansarme. No tuve, no tengo, madera de vicioso. Ni para eso serví. Pero aún convivo con algunos vicios menores que no voy a nombrar por respeto con ellos y conmigo. El más persistente, y

compenetrante, el mayúsculo, del cual no he conseguido liberarme, y que a veces se me parece a una perversión a pesar del prestigio universal que tiene, lo aprendí temprano en la vida. Es el maldito vicio de leer. Que se prolongó en el otro vicio mío predominante: el de escribir, lo que los médicos llaman la grafomanía.

La obsesión por los libros es el único vicio que no he podido desarraigar, con el cigarrillo, que lo complementa, pues mientras leo y leo y leo libros y libros y revistas y periódicos viejos y nuevos, fumo sin parar, como un condenado, como una fábrica abstraída en el cuento del otro. Está tan arraigado en mí el vicio de leer, que leo, todos los días, bajo la ducha, como otros van a misa, la etiqueta del frasco de champú. La lista de los ingredientes que lo componen, la dirección del laboratorio que lo fabrica, el teléfono del servicio al cliente. Si hasta me engolosina el código de barras y trato de encontrar la música lógica de los alargados neumas y el sentido último y quizás divinamente platónico de la serie de los números enigmáticos, azarosos, que se repiten sin orden ni concierto bajo el código de barras.

Mi padre solía preguntarme ya en la infancia: "Y vos ¿te vas a pasar la vida detrás de un libro?". Yo respondía con un gruñido porque lo que más me embueca es que me dirijan la palabra cuando estoy entregado a mi concupiscencia solitaria. Y sobre todo si la interrupción está llena de esa desesperanza y esa tristeza de los padres que es la peor de todas porque mezcla el fastidio que siento todo padre por su hijo, para balancear el fastidio que siento todo hijo por su padre. Pero... por este camino acabaremos donde el doctor Freud y en su famoso complejo de Edipo, fruto nada más, además, de su adicción a la cocaína, cuando todavía la cocaína no era vicio de tanquistas y baladistas y toreros.

Como muchas personas en las grandes ciudades de hoy que pugnan y pagan, se agitan y devengan y pagan, fui un entusiasta de los diamantes del clorhidrato de cocaína. Es tan brillante al principio la cocaína, ofrece esa locuacidad inteligente que te parece que fueras a aclarar el mundo con tus argumentos, y esa tensión de la sexualidad que hace creer que te las vas a comer a todas esa misma noche. Pero la cocaína es un vicio triste, empezando porque nos instala en la esfera del rumiante y por fin nos lleva a la deplorable depresión, o la indiferencia, que es peor cuando eres un saco vacío.

Es muy extraño que las liturgias de la cocaína, el picador, los espejos que hacen de tabla de picar, las cucharitas de plata, según la clase de azotea, y los dólares enrollados o los euros o los vulgares, devaluados pesos, usados en los palacios de los políticos y en las discotecas de los banqueros y en las reuniones de los adolescentes de la clase media y en las covachas de los recicladores de basura, al fin se conviertan en ágapes de catatónicos donde se muerden los dientes del mismo modo que si mambearan. El reflejo de las mandíbulas quizás es inducido por el elemental de la planta. (Y los lectores pueden atribuirme la intuición).

El último vicio persistente en mí, el indestronable, es el vicio de leer, entonces. Leo libros y libros como otros los acumulan para fotografiarse con su biblioteca y descrestar a las visitas. A mí lo que me gusta es leerlos, desde los pormenores legales de la portadilla hasta el colofón. Y en el leerlos debo incluir el subrayarlos. Es mi manera de poseer los libros, de tomar mi venganza con ellos, cruzarlos de rayas, rayitas y rayones y notas al margen y piques de mi invención según los asombros que prodigan. Además así se hacen imprestables. Pues un lector de la clase de los escoliastas, como yo, sabe que dejarle sus subrayados a un vecino póstumamente, inesperadamente interesado en enriquecer el intelecto, es como exponer en paños menores el alma y los sueños más secretos en la mano o como mostrar una radiografía de los entresijos en el documento de identidad.

Al contrario de Baudelaire, que alabó el envilecimiento, (Carrasquilla elogió la pereza), yo no le encuentro ventajas a mi vicio fuera del aislamiento que me proporciona. Borges se enorgullecía de los libros que había leído más que de los que escribió. A mí en cambio el vicio no me envanece. Leo porque no tengo remedio. Por compulsión. Y porque lo demás en este mundo me parece superfluo frente al placer de sentarme a bracear en el oleaje oceánico de la tinta de imprenta en que se convirtió el habla humana con el descubrimiento bendito de la prensa.

Algunos teóricos de la filia o folia suponen que debe estar relacionada con la dopamina como la teta para el infante hambriento o la heroína para el heroinómano. El heroinómano ejerce un vicio heroico como su nombre indica. Ay, los engaños

opiáceos. La falsa santidad de la goma de la amapola. Jean Cocteau, embutido en una bata de seda llena de quemaduras, le dijo a un amigo que el opio lo convertía en mariposa. El amigo, con mucha probabilidad un escéptico de mierda, lo recusó: si saltaras por la ventana sabrías que no eres una mariposa mucho antes de estrellarte en el pavimento. Y Cocteau repuso: si saltara, mi cuerpo llegaría al andén, lentamente, detrás de mí. Pero no saltó. Se murió de viejo y de tristeza cuando supo que se le había muerto su amiga la Piaff. Otra idólatra de los fantasmas del opio. Las guerras del opio no fueron menos crueles que las guerras de la cocaína. Los sueños de las drogas acaban por comprometer a los imperios.

Pero las drogas y las lecturas no se van. Y yo me curé de las drogas para no tener que renunciar a los libros. Aunque bien sé que no se han escrito los libros que puedan compararse con los éxtasis del buen hachís africano y con la hiperestesia del ácido lisérgico y ni siquiera con la ramplonería rampante de la borrachera alcohólica. Aunque, bueno, yo leí un buen tramo de la *Estética* de Luckács con un solo ojo mientras desocupaba un cajón de botellas de vino. Eran otros tiempos.

En cierto sentido la tinta de imprenta tiene el poder de sumergirnos en el otro que se nos articula en juegos de espejos enfrentados. Pero los libros a veces conducen al vértigo más allá del reconocimiento con un prójimo. Yo tuve que expulsar los míos de mi dormitorio el día que en el umbral por donde accedemos al ensueño me asaltó el terror de imaginar cuántas palabras me rodeaban, iguales y distintas, cuántas comas, cuántos signos de interrogación, cuántas voces virtuales cerradas en fila en la pared, en diversos niveles del ser, cada uno con su propia discusión; y vi el desfile de los espectros de esos autores convertidos ya en puñados de polvo, en sombras en el gran desfile de los nombres que alguna vez fueron llamados en este mundo.

Todo vicioso de los libros al fin se da cuenta de que todos están diciendo lo mismo, desde el venerable Mahabarata y el alegre Ramayana o la Biblia con su conciencia paranoica de Dios. Pero uno sigue leyendo. No porque la lectura sea placentera, porque hay libros aburridos y angustiantes, y aun los más jubilosos y expresivos de la buena salud, como el de Whitman, rezuman lo trágico de la vida tanto como Pascal. No creo que la lectura nos haga mejores ni sabios. Siempre hubo montones de pequeños hijosdeputa que leyeron montones de textos esenciales que solo los empeoraron. Y hay tomos y tomos de crónicas de guerras justificadas en algún libro como la Biblia, el Corán, *El capital*. Tampoco creo que exista, como fue mi esperanza cuando empecé a leer, el libro que explique el por qué de las cosas y el para qué y en qué clase de tiempo sucede lo que sucede; no el cómo, que es la migaja que nos dan los libros de la ciencia ahora, donde todo para invariablemente en el cuento negro del agujero negro del corazón de la galaxia.

León de Greiff, un lector insaciable, al final de su vida, después de leer todo lo que debía leer un hombre de su tiempo, se dedicó a consumir las novelitas de vaqueros de Marcial Lafuente Estefanía a la venta entonces en las farmacias de esquina. La vida había dejado de interesarle. Pero seguía vivo para la concupiscencia de leer. Una periodista le preguntó una vez si con esa lectura no se sentía perdiendo el tiempo. Y el gran poeta, hosco como era, le respondió: "No se preocupe por eso, señorita. Mi tiempo es mío". Y le tiró la puerta en las narices. ☹

## GABINETE DE CURIOSIDADES

¡Pasen a ver! ¿Qué objetos encontrarán aquí? Reliquias desde los remotos imperios europeos hasta las balas de la Independencia. Recuerdos de legendarios poetas más y más piezas extrañas, a la par de las grandes obras de arte e históricas. Rarísimos objetos minúsculos obtenidos quién sabe cómo y quién sabe cuándo: un pedazo de la corona del mausoleo de Luis XVI y María Antonieta, un parte del sillón y del panteón de Víctor Hugo, un pincel que le perteneció a Millet, un textil de la silla de Voltaire, una piedra del Templo de la Sagrada Familia y otra del palacio de Nerón y una más de las catacumbas de Roma.

Hace más de ciento treinta años nacimos como un gabinete de curiosidades. Nuestras primeras colecciones incluían retratos de próceres, banderas, armas, monedas, documentos de fundación de poblados y de la independencia, o cerámicas sacadas de enterramientos indígenas, todos ellos como las piezas de un rompecabezas que mostraban una historia, todos para recordar héroes y formar identidad. También llegamos a exponer piezas rarísimas, "como un ternero de dos cabezas y un gallo de tres patas", nos cuenta Teresa Santamaría de González, presidenta de la junta directiva del Museo en la década del

40, en la breve memoria que escribió para nosotros.

Asombroso, señoras y señores, ¡asombroso! Año tras año llegaron más y más piezas extrañas, a la par de las grandes obras de arte e históricas. Rarísimos objetos minúsculos obtenidos quién sabe cómo y quién sabe cuándo: un pedazo de la corona del mausoleo de Luis XVI y María Antonieta, un parte del sillón y del panteón de Víctor Hugo, un pincel que le perteneció a Millet, un textil de la silla de Voltaire, una piedra del Templo de la Sagrada Familia y otra del palacio de Nerón y una más de las catacumbas de Roma.

¿Y todo eso para qué? Para tener reliquias, señores, reliquias que nos hicieran sentir que teníamos una conexión con ese pasado mítico y glorioso, señoras, que algo de esa historia nos pertenecía un poco.

¡Pasen a ver! ¿Qué objetos encontrarán aquí? Les mostraremos más en nuestras redes sociales y página web. Señoras y señores: que en el Museo de Antioquia hay guardado de todo. Y se los vamos a contar.

MUSEO DE ANTIOQUIA

www.museodeantioquia.co

f t @musedantioquia

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA, SEDE MEDELLÍN Y GRUPO INTERDÍS

Presentan:  
**XII Festival Internacional**  
**MUSICA DE CÁMARA COLOMBIANA,**  
Medellín 2014

Celebración Vigésimo Aniversario del Programa  
MIL AÑOS DE LA MÚSICA

Fecha:  
jueves 31 de julio  
y viernes 1 de agosto de 2014

Lugar:  
Teatro Pablo Tobón Uribe  
Carrera 40 #51-24, Medellín.

Hora:  
7:30 p.m.

**ENTRADA LIBRE**  
Transmisión en directo por Canal U

Informes: (4) 4309999 interdiscursu@gmail.com www.interdiscursu.lead.edu.co YouTube / Facebook



# Un amor crónico que no mata

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

Ilustración: Tatiana Mejía

## Mauricio

En el último año de bachillerato les conté a mis papás de mi primer novio. Estaba en mi habitación con el computador, me paré, y como mi mamá es tan chismosa, lo cogió y empezó a revisar las conversaciones en el Facebook y vio una que tenía con Adrián, un muchacho muy chévere al que yo quería mucho. Él estaba en décimo y yo en once.

—¿Qué es esto? —me dijo mi mamá.  
—Mami, es que yo tengo novio —le dije porque tengo confianza con ella.

Entró en shock, me abrazó y se fue a dormir. Al otro día se levantó con los ojos hinchados como un sapo. Mi papá llegó a almorzar. Estábamos en la mesa y empezó a temblar. “¿Este qué irá a preguntarte?”, pensé.

—Hijo, ¿qué le pasa a su mamá?  
Si le daba rodeos no le iba a contar, entonces fui directo.

—Es que le conté que tengo novio.

Descargó un vaso que tenía en la mano y empezó a hacerme preguntas: “¿Qué pasó?, ¿qué faltó?, lo tenés todo”, bla, bla, bla. Yo llevo una buena vida, pero no me acuerdo de que saliera a montar bicicleta con mi papá. Él nunca estaba. Ahí salieron esas heridas.

—Si vos me decías que todo estaba bien —decía mi papá.

—Es que todo está bien, yo no necesito que me diga que me quiere, pero tampoco me ponga problema porque son decisiones mías.

## John

En abril de 2012 conocí a Mauricio, los dos teníamos diecisiete años. Nos

conocimos por Facebook y nos vimos en la universidad. Estudiábamos la misma carrera, pero no nos habíamos visto antes. Al principio ni él ni yo queríamos nada. Muy bueno tener un amigo, pero nada más. Seguimos hablando, empezamos a ver clases juntos, y más adelante salimos con la intención de darle forma a algo.

Venimos de contextos muy diferentes. Yo soy temperamental, él es muy relajado, pero eso nos ha complementado. Los dos vivimos con los papás, pero el papá de él tiene más facilidad económica. Mauricio estaba acostumbrado a la rumba, a la calle, era más fiestero. Yo era muy de mi casa, y todavía lo soy. Pertenecemos a grupos juveniles y lidero uno de la parroquia de mi barrio. Me gusta leer, ver televisión y dormir. El último libro que me leí fue *Bajo la misma estrella*, de John Green. Cuando empecé a salir con Mauricio lo invité a que nos pusieramos en esa tónica.

## Mauricio

Tuve muchos enconzones con mi papá porque me dijo que hasta ahí tenía hijo. Mi estilo de vida era el de muchos niños malcriados que hacen lo que les da la gana y nunca tienen a una sola persona, sino que están por estar, y quizás por moda estuve con un hombre y la moda me gustó y me decidí. Siempre he sido de los que hacen lo que quieren. Lo complicado fue que me fui en contra de la voluntad de mi padre. Fue horrible, pelea tras pelea.

El día de los grados de bachiller fue lo peor del mundo. Mi papá no me dio ni una felicitación, ni una galleta, ni una moneda de dos pesos. Nada. Salimos del

parqueadero del colegio y nos fuimos para la casa. Cuando estábamos caminando para coger el carro, escuché que le dijo a mi mamá: “Él o yo”.

—Si usted es tan poco hombre de dejar a mi mamá por mí, soy más hombre yo, que me gustan los hombres, que usted. Si no es capaz de decir que su hijo es gay, yo lo digo y lo hago quedar en vergüenza.

Me satisfacía recalcarle que su hijo era gay por su culpa, aunque no fuera así. Se ponía triste. Mi mamá lo consolaba y mi hermanita le decía que yo era buena persona.

—Yo quiero mucho al niño. No es ladrón, no es marihuanero, déjelo. ¿Qué mal le hace a la gente? —le decía mi mamá a mi papá.

Cuando entré a la universidad terminé con el noviecito que tenía. Como estaba solo, mi papá se relajó un poco. Entonces conocí a John y empezamos a salir como amiguitos. No me despertaba ni un mal pensamiento.

—Con esa cara de idiota que tiene, no confío en usted —le decía.

Nunca confíe en él.

—Este tan bobo —decía él.

En el colegio, John tuvo un lapso de degeneración donde conoció amigos que le dieron la vida alegre, estemos con este, con aquel, y tuvo varios noviecitos, pero en general su vida era muy calmada. Siempre ha sido muy entregado a Dios. Cuando le mostraron esa maravillosa vida del mundo lo descrearon. A mí no, porque yo siempre la vi. Ya en la universidad era muy apaciguado, de la iglesia, salir a comer, a cine. Ahí empecé a cambiar.

Mi mamá vio que tenía un buen novio y se hizo amiga de John. Se sentía

agradecida con él por el cambio que había hecho en mí. Mi papá sabe quién es él, pero no ha querido conocerlo.

—Yo lo respeto, pero no lo comparo —me dijo—. Viva bueno, enamórese y cuídese porque todos terminan igual, con Sida.

Fue como una maldición del diablo.

## John

Fue el 19 de marzo de 2013. Los resultados los entregaban en una cita con una psicóloga. Entré al consultorio, me senté y lo primero que hizo la psicóloga fue reprocharme porque tenía el virus del VIH. Me dijo que la confirmatoria era positiva y siguió con una infinidad de ataques.

—¿Por qué no se cuidó?, usted tan joven...

Yo no la escuchaba, solo lloraba y lloraba. No dije nada. La psicóloga seguía atacando mi vivencia sin conocer la realidad. Lo primero que pensé fue que mi iba a morir, y no es un pensamiento fácil de sacarse de la cabeza. Por desconocimiento, nunca imaginé que había un tratamiento antirretroviral para el VIH. Al principio da miedo y tristeza. Como dice la gente: “Es que usted es muy joven”. Uno piensa que va a hacer sufrir a su familia; que su pareja, en el momento en que llegue la muerte, también sufrirá, lo cual es falso, pues uno no se muere por culpa del virus. Pero uno no sabe nada.

## Mauricio

John se enteró después de que me dieran el diagnóstico a mí. A principios de 2013 me llamaron al celular por una donación de sangre que había hecho en la universidad.

—¿Qué? Tengo Sida, ¿cierto? —le dije a la médica por teléfono.

—Por ética profesional tenemos que hablar en persona.

Entré al consultorio y una doctora me explicó que la clínica revisaba la sangre de las donaciones para evitar contagios.

—¿Cómo es tu vida? —dijo para tantear el terreno.

—Venga, dígame pues —le dije.

Sacó un cuadro y me explicó qué era el virus, cómo atacaba, qué era la carga viral, las defensas o CD4 (los linfocitos que el virus ataca), los diferentes estadios de la enfermedad, el momento en que atacan las enfermedades oportunistas y se llega al Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida, que es diferente a cuando uno se contagia con el virus del VIH. “Cállese, yo me voy a morir”, pensaba.

## John

Me hice la prueba por la confirmatoria de Mauricio. Salí del consultorio de la psicóloga y lo primero que hice fue abrazar a Mauricio. Él no me dijo nada, pero también lloró. Ese día no llegué temprano a la casa. Estaba haciendo la práctica en una empresa y llamé para decir que no iba a ir.

—No me siento bien —les dije.

En ese momento no me importaba si tenía que renunciar.

—No quiero estar con nadie, ni hablar con nadie, ni ver a nadie —le decía a Mauricio.

En la noche llegué a mi casa, dije que estaba muy cansado y me acosté. No necesariamente uno tiene que contar en la casa porque es un choque muy fuerte, por la ignorancia que tienen las personas. Hacer entender a los padres que el VIH no mata es un proceso largo. Es lo primero que los padres piensan. Esa noticia jode a toda la familia. Me acosté y al otro día fui a trabajar.

Ahí empezó la montaña rusa de emociones, a pesar de que Mauricio y yo nos apoyamos mucho. Lo llamaba cinco mil veces al día, cómo estás, qué estás haciendo, cómo te sentís. Le decía que sentía que algo me iba a pasar. Él pensaba en la reacción de su familia y eso lo ponía muy mal. Yo sentía rabia conmigo mismo por haber desconocido la situación, y por pensar que si era por mi culpa la otra persona estaba pagando las consecuencias. Después uno tiene que aprender a aceptar la realidad, porque si no te quedás viviendo un duelo toda la vida por algo que no te va a matar, que tiene alternativas. El virus no se quita, pero uno tiene que aterrizar.

Nosotros llegamos al grupo de apoyo en mayo de 2013. Un año después, puedo decir que acepto que tengo esta enfermedad y vivo con ella, pero uno también se encuentra con situaciones que lo bajan, como los exámenes de recuento de CD4 y de la carga viral porque son el verdadero resultado del estado en el que estás. Por medio de un análisis de sangre te dicen cuánta cantidad de virus tenés en el cuerpo y cuánta cantidad de células que responden al virus. Hay personas a las que les va muy bien, como a Mauricio (pueden vivir mucho tiempo sin iniciar tratamiento), pero en mi caso no fue así.

## Mauricio

La doctora se puso muy triste porque nos vio muy jóvenes.

—Es una enfermedad crónica, pero no mortal. No te vas a morir —dijo ella.

Creo que miré a John con el rencor más grande del mundo, pero también quería que no lo tuviera. Nos pusimos a llorar.

—Te amo y vamos a lograrlo juntos —me dijo.

Lo abracé y me puse a llorar y esa médica lloró que no ha llorado. Estaba decepcionado del mundo. “¿Cómo voy a comer de la cuchara de mi mamá?”, pensaba. Son bobadas, pero se le vienen a uno a la cabeza. Salimos del hospital y nos fuimos para un parque a seguir llorando. En ese tiempo yo me ponía muy mal por todo. Mi mamá me abrazaba, mi papá me abrazaba, y lo único que yo hacía era llorar.

—No tengo nada, no tengo nada —les decía.

Empecé a ir donde un psicólogo y después John empezó el proceso de hacerse el examen.

## John

Mi primer recuento de carga viral y de CD4 fue en junio de 2013. Tenía los CD4 en 404 (de 500 para arriba se considera una persona sana). Las EPS manejan determinados rangos para autorizar el inicio del tratamiento. En la mía el recuento de CD4 debía ser menor de 200 (aunque los protocolos médicos recomiendan iniciar tratamiento antirretroviral entre 350 y 500). La carga viral estaba en más de 87 mil copias del VIH en mi cuerpo (la carga se mide entre 0 y 10 millones de copias). Entre más alto sea el número, mayor es el riesgo. Yo me sentía bien y no hice nada. En diciembre me hicieron el segundo recuento.

Los CD4 bajaron a 255 y la carga viral subió a 107 mil copias. Entonces el médico me dijo que era recomendable que empezara con el tratamiento antirretroviral.

Yo no me sentía enfermo, no tenía reacciones físicas, era más emociones y pensadera de uno. Cuesta mucho iniciar el tratamiento. Uno sabe que ahora sí está enfermo y que necesita de una pastilla de por vida para estar bien.

## Mauricio

Al darme cuenta del diagnóstico fue muy difícil porque obviamente yo no lo puedo contar a mi familia. Mi papá me va a decir: “Te lo dije”. Ahora me tranquilizan los conocimientos que tengo. Mis CD4 se mantienen entre 700 y 900. Ya no me estresa la enfermedad y eso ayuda mucho. Entre más depresivo esté más bajan los CD4. A mi familia la estoy mentalizando desde ya. En algún momento les tengo que decir.

—Yo voy a tener VIH, ustedes saben eso —les digo a mis padres.

—Yo lo cuidó —dice mi mamá.

—Pero... —dice mi papá.

Por eso es importante el diagnóstico temprano, porque es más fácil la prevención. Muchas personas creen que porque ambos miembros de una pareja tienen VIH pueden tener relaciones sin protección, pero se pueden reinfectar. El riesgo es mayor.

## John

El diagnóstico hizo que nuestros lazos fueran mucho más fuertes porque la otra persona sabe lo que uno está sintiendo. Uno no le dice: “Es que no me entendés”, “no sabés cómo me siento”, porque pasamos juntos por la depresión, el autorrechazo, y muchos sentimientos que aparecen con la enfermedad.

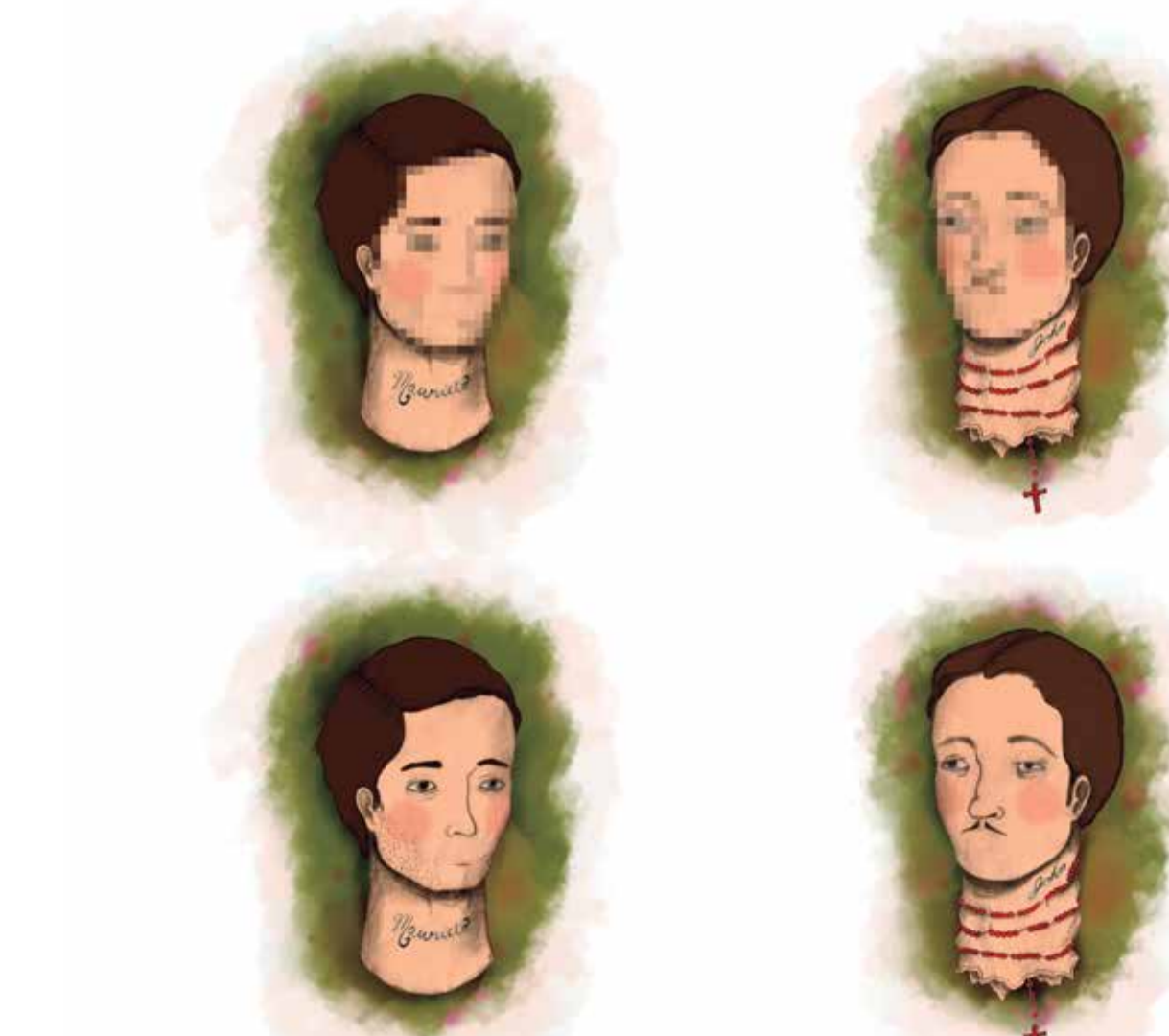
Los médicos nos decían que pocas parejas permanecían juntas a pesar de tener un diagnóstico como el nuestro, por la culpa, por la irresponsabilidad, por no aceptar la propia realidad, y es muy fácil echarle la culpa al otro. Con nosotros pasó lo contrario, nos afianzamos más. Vivíamos los mismos procesos, las mismas citas, las mismas recomendaciones, con muchos altibajos, porque no es un proceso fácil de asimilar.

Cuando estoy en mi casa con mi familia a veces pienso: “¿Qué pasaría si se los digo ahora que estamos comiendo?, ¿qué cara pondrían? No puedo decir cuál sería su reacción, pero sería un golpe muy duro, a pesar de que uno ha intentado educarlos; es como la esposa que le dice a su esposo que tiene cáncer, pero nunca me ha dado el arrebato.

## Mauricio

El 29 de junio del año pasado, el día de su cumpleaños, en un encuentro juvenil, John liberó lo que sentía. Me pidió perdón, se quitó la ropa y la quemó. Fue algo simbólico. Me estaba diciendo que la vida de él era mía, que me entregaba todo. Fue un pacto de “yo siempre voy a estar para vos”, pase lo que pase. John sabe que cuenta conmigo hasta el día en que yo me muera, y yo sé que cuento con él. Más que mi novio, es mi mejor amigo. Lo veo en la universidad, en el lugar de trabajo, y los fines de semana en el grupo juvenil. No me canso de verlo. El hecho de decir no importa quién fue, nos amamos y lo admitimos, fue una terapia de choque. Nos hemos perdonado muchas veces. Así uno no confíe en el otro, con el diagnóstico no hay opción: o perdona o perdona. Ya no importa lo que usted diga de su pasado.

\*Nombres cambiados por petición de las fuentes.



Mi abuela era una excelente homeópata, para cualesquier mal ella recetaba un guarito. Que uno es bueno para el dolor de tripas pero no quita el hambre, que es recomendable uno en la tarde para el corazón pero no cura el mal de amores, que uno, bien bogao, es bendito contra el dolor de cabeza pero que muchos borran la entendadera. Qu'el guarito lo pone a uno contento pero que no da la felicidad.



EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD. LEY 30 DE 1986. PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994.



# Debido a la arepa



por CARLOS ALBERTO SÁNCHEZ

Ilustración: María P.

**H**ay por ahí de esos paisas que se creen en el derecho a celebrar famas y conquistas ensartando un collar de arepas en el cuello del protagonista; de esos que agregaría a su himno la palabra arepa en cualquier verso, y que para decir ¡qué suerte! dicen ¡qué arepa!; en fin, de esos capaces de jurar por lo civil y por la iglesia que Antioquia es el único y dorado reino de la arepa; esos paisas creen en tal reinado por tercios y porque no han ido a Venezuela. Si ahora mismo se dieran un paseo por este país entenderían que a pesar de tanta familiaridad y tradición, ese reinado es compartido, sin definir proporciones, con los hermanos venezolanos. Y no se puede pensar que sea así por casualidad o porque los colombianos han llevado la costumbre a donde los vecinos. Algunos dicen, incluso, que Venezuela es el lugar de origen de la palabra arepa, pues los nativos cumanagotos nombraban *erepa* al maíz, y muchos creen que hasta la misma arepa nació aquí y después se avencinó en Colombia.

Aquí en Venezuela todas las arepas son reinas coronadas. Eso cada una lo sabe sin necesidad de arrogancia. Desde chiquita, toda arepa venezolana sabe de lo que será capaz: nada menos que de darle consistencia a un país, meterse por dentro de sus decisiones, su historia, aparecer en las leyes, en el ánimo de profesores y curas. Las arepas pueden representar, ellas mismas, el estilo venezolano. Los extranjeros no lo vemos, pero los venezolanos, aquellos que tienen el "estilo", lo saben ver: cada arepa actuando en cada coterráneo. Si algún remilgado no las come, no por eso estará exento de arepa en sus venas, pues siempre llevará por dentro

las que comieron sus padres, y por fuera lo perseguirán las que comerán sus hijos.

En Venezuela cada pueblo tiene sus areperas famosas, que es como decir sus buenos restaurantes. Porque en Venezuela comerse una arepa es almorzar o cenar. Los paisas, además de comerla, usan la arepa como cuña o palita que ayuda a la cuchara o como trapo que limpia el plato; los venezolanos en cambio cuñan las arepas, las coronan con rellenos tan variados como se los permiten los recursos vegetales y animales del país: quesos, caraotas, plátanos fritos, huevos revueltos; toda la gama de carnes, incluyendo mariscos, pescados y jamones. Si uno oye que en la arepera alguien dice: "Dame ahí una de ajedrez", verá que le traen una arepa rellena de queso blanco y caraotas negras. Si pide una reina pepiada, uno verá la sofisticada arepa rellena con carne de pollo, mayonesa y aguacate machacado. Si pide una andina le traerán su blanca arepa reventada de queso amarillo.

No importa que debido a los rellenos cada arepa resulte un plato o vehículo que lleva otros alimentos. No importa, en Venezuela, país de reinas como todo mundo sabe, la arepa es la luz del día con corona; y aunque existan estas preguntas y otras, nadie se las hace: ¿Son los rellenos algo que no es arepa? ¿Sobreviviría la arepa venezolana sin salsas ni rellenos?

El término extinción está tristemente de moda. Plantas, animales, etnias, minerales, olores, sabores, formas... En Venezuela hasta lenguas se han extinguido, incluida la de los cumanagotos que habrían creado la palabra arepa; pero la arepa permanece. Cualquier venezolano aporta pruebas. Ni por asomo o imaginación se le verá un gesto o pregunta sobre

la desaparición o extinción de la arepa. Aquí todo el mundo considera, sin pensarlo siquiera, que la arepa es naturalmente eterna.

La arepa sobrevive aunque todo el mundo se la come y esa es su paradoja feliz. Hasta ahora se mantiene intacta, como una de esas arepas que llaman "viudas" porque no tienen ningún aderezo, y que pudiera comerse en una arepera o lunchería de la avenida Baralt o en Los Chaguaramos; resultaría igualita a esas originarias que le encantaban a Bolívar y que antes de él comieron los nativos netos, Guaicaipuro, Tiuna, Chacao y sus guerreros, una rueda de maíz cocido, amasado con agua y asada. Los múltiples "agregaos" que le han inventado después, entran en la arepa sin tocar su esencia. No pueden tocarla porque la arepa, que esencialmente es un relleno de arepa, fue inventada exacta, sin que le faltara nada. Será por eso que ha sobrevivido y sobrevivirá mientras tantos alimentos se vuelven arqueología.

Aquí todos creen que así será. Y no solo creen. El gusto y culto por la arepa crecen y hasta invierten fe política y definiciones económicas en ella. En diciembre de 2009 el mismísimo presidente Chávez inauguró la primera arepera socialista en Caracas y mientras la inauguraba confesó que un día se comió veinte arepas con no sé quién, y se echó a reír. En todo caso a ningún venezolano le pasa por la cabeza que pueda faltar la arepa. Tendría que ser un golpe de Estado hecho por el pan. El pan que trajeron los españoles y convive hace un buen montón de años con su competencia. La arepa incluso le ha cedido espacios al pan, pero eso es porque sabe que ella es la reina y que siempre tendrá ventaja. ☺

# LAS PATRONAS



**E**n el poblado de Guadalupe, que llaman 'La Patrona', en el municipio de Amatlán, Veracruz, México, doce mujeres les dan comida, ropa y asilo a los indocumentados que viajan en tren desde la frontera Sur de México hacia el Norte del país.

Niños, mujeres y hombres de todas las edades buscan el mejor lugar en los vagones de la línea del tren Ferro Sur, empresa ferroviaria mexicana que hace más de una década transporta diariamente a cientos de personas que buscan una oportunidad para tener una mejor vida al Norte del continente.

El tren, o 'La Bestia', como le llaman los viajeros, es una de las opciones para cruzar el país sin ayuda de los "polleros", las personas dedicadas al tráfico de indocumentados que establecen tarifas según la nacionalidad del cliente. Sus "empresas" tienen acceso a transportes terrestres, aéreos y fluviales a lo largo del territorio nacional.

El camino es agotador y peligroso. La presencia de grupos de delincuencia organizada, como la Mara Salvatrucha y los Zetas, ubicados principalmente en los estados del Sur, se suma a la ronda de los cuerpos de seguridad pública relacionados con quienes extorsionan, secuestran, violan y asesinan a los inmigrantes.

Ante estos peligros, en la ruta que va de Yucatán y Chiapas hacia Orizaba, Veracruz, los inmigrantes se organizan en grupos y se apoderan de los vagones; algunos viajan adentro y van sobre los techos, o colgados de las escaleras, y procuran estar siempre juntos para protegerse.

Vencidos por el sueño, los viajeros se han caído y han sido degollados y mutilados por el tren; otros han saltado, por miedo a ser presa fácil de los ladrones que se suben a La Bestia. Las mujeres son quienes corren con peor suerte. Anualmente, cientos de inmigrantes no vuelven a tener contacto con sus familias... Muertos, perdidos en la travesía del tren.

En medio de semejante camino se llega a la pequeña localidad de Guadalupe, donde un grupo de mujeres *alimentan* la esperanza de los migrantes.

En la mañana de un domingo de 1996, cuando las hermanas Bernarda y Rosa Romero Vázquez regresaban de la tienda después de comprar pan y leche para su desayuno, unos hombres que venían

Fotografías y texto de Eugenio Morales





en la escalera del tren llamaron su atención: "Venían pasando varias personas, como quince, colgadas de las escaleras del tren, y algunos comenzaron a gritar: 'regálenos comida, madre; denos comida, madre'; dejamos pasar algunos vagones y entonces le pregunté a mi hermana si debíamos hacerlo; decidimos entregarle el pan y la leche a un grupo que venía ya por los últimos vagones. Ese día llegamos a la casa con las manos vacías, pero nuestra madre (Leonila Vázquez) nos dijo que habíamos hecho bien, que de alguna forma nosotras teníamos con qué hacer otro desayuno y ni Dios sabía cuándo había sido la última vez que aquellos hombres habían comido".

Ese fue el inicio del andar de "las patronas" para aliviar las penas del indocumentado, un oficio sin remuneración realizado por la familia Romero Vázquez.

Diariamente puede pasar el tren con más de trescientas personas y no siempre es posible alimentarlos a todos, cuenta Norma Romero Vázquez; pero siempre hacen su mayor esfuerzo para organizarse y repartir agua, y un pequeño almuerzo armado con una porción de arroz, pan, frijoles y tortillas. Algunas de ellas trabajan unas horas a la semana en una panadería para recibir como pago el pan que les entregan a los viajeros de La Bestia.

Las donaciones realizadas por asociaciones civiles, instituciones educativas y gente de la comunidad han permitido que esta increíble labor continúe e incremente sus alcances, obteniendo incluso reconocimiento del gobierno federal. En 2013 Norma Romero Vázquez, en representación de "las patronas", recibió el premio Nacional de Acción Voluntaria y Solidaria que reconoce la tarea de este grupo de mujeres. UC







A Martha la encontrás de martes a viernes en la esquina de la Avenida Ferrocarril con la calle G5. Las empanadas son a cuatrocientos, sean de papa o de queso. También podés comprar la promoción de tres empanadas por mil pesos. No olvidés echarle ají.

# Empanadas de Martha

por ANAMARÍA BEDOYA

Fotografía: Juan Fernando Ospina

*Dizque con las empanadas se construyen iglesias y yo no he podido ir a la costa.*  
Martha Inés.

Siete personas rodean el carrito de frituras. Martha levanta la tapa de la freidora, mete la espumadera y empieza a voltear las empanadas. Los siete miran fijamente al manjar que flota en aceite hirviendo; hipnotizados por las burbujas que estallan, escuchan ese ruido que parece lluvia incesante mezclada con televisor sin señal.

Ávidos, se entregan al anticipo del placer, imaginan el crujido de la masa dulce deshaciéndose en la boca. “¿En cuánto tiempo están?”, pregunta un joven mientras se empuja para tener mejor visión de la freidora. “Cuatro minutos”, responde Camilo, el hijo de Martha. “¿Me guarda diez, por favor?”. Los otros sospechan que pueden quedarse sin nada y empiezan a hacer sus pedidos. Nadie quiere quedarse sin las Empanadas de Martha. Dos de los que esperan, clientes fieles, se posicionan frente a las cocas en las que ella pondrá las empanadas, y el ají —el famoso ají— con zanahoria rayada.

A esta hora (seis y media de la tarde del viernes, día de buenas ventas) los bares, las tiendas y las aceras de Bantú están poblados de estudiantes que beben cerveza y fuman. El olor del tabaco pone ansiosa a Martha. Hace cuatro meses dejó el cigarrillo. “Necesito voluntad”, piensa en voz alta, y se hace la que no tiene ganas ni de un puchito de Pielroja. El médico le dijo que si no dejaba de fumarla se vería andando con un tanqucito de oxígeno pa’riba y pa’bajo.

Ella cree que no fue tanto el cigarrillo, sino el efluviado de blanqueador y detergente que respiró tantos años limpiando los baños de casas ajenas y las baldosas de la iglesia de San Cayetano. Ya habían nacido los tres hijos —John

Fredy, Felipe y Camilo—, que dependían de ella. De tanto doblar su cuerpo menudo sobre el suelo, la máquina de coser, la masa de maíz, su columna se fue encorvando como el tallo de la dalia que soporta feroces vientos.

“¿Porqué mi mamá toda la vida fumó y cocinó con leña y jamás la vi asfixiada como a mí?”. María Eva Díaz, su mamá, la tuvo el 23 de abril de 1954, en Angostura. A los tres meses se vino para la ciudad, al barrio Guadalupe, con José Julián, su esposo, y todos los hijos. Martha fue la quinta de ocho hermanos. María Eva le enseñó a hacer empanadas con masa dulce y a fumar.

Cuando asaba arepas, que luego repartían los hijos en las tiendas del barrio, le decía: “Martha, tráeme un cigarrillito”. Y Martha, trece años —intrépida y obediente—, se los llevaba prendidos. “Una vez hubo escasez de cigarrillo, solo se conseguían de los caros, y yo tenía una profesora que fumaba. Yo le decía: ‘ay, profesora, le va a mandar unos cigarrillitos a mi mamá, es que qué pecao, no ha podido conseguir’. Hasta que un día me pilló y me dijo: ‘Yo creo que esos cigarrillos son pa’vos’. Cof cof. Tose y luego se ríe de esa ton tan oportuna.

Las empanadas están listas, doradas, humean. Martha les escurre el aceite con la espumadera y las pone en una hornilla que le hizo su papá. Las siete personas que rodean el carrito de frituras no esperan a que se enfríen. Se lanzan sobre ellas, les echan cucharadas de ají que inventó Martha. Comen comen comen, quieren más, se acaban. “¿Cuánto demora la otra tanda?”, pregunta un muchacho mientras se come la última que queda.

\*\*\*

Es sábado. Suena el teléfono en la casa de Martha.

—Aló.

—Sí, mañana le cuento mija. Es que me están haciendo una entrevista pa’salir en un colombiano.

—Por la innovación de las empanadas y el ají.

—Sí, claro, vea yo le digo cómo se llama el periódico. Se llama *Centro Universitario*, Johana. Mañana le muestro el periódico. Mañana que nos queda más tiempo, porque son poquitas empanadas, lo leemos.

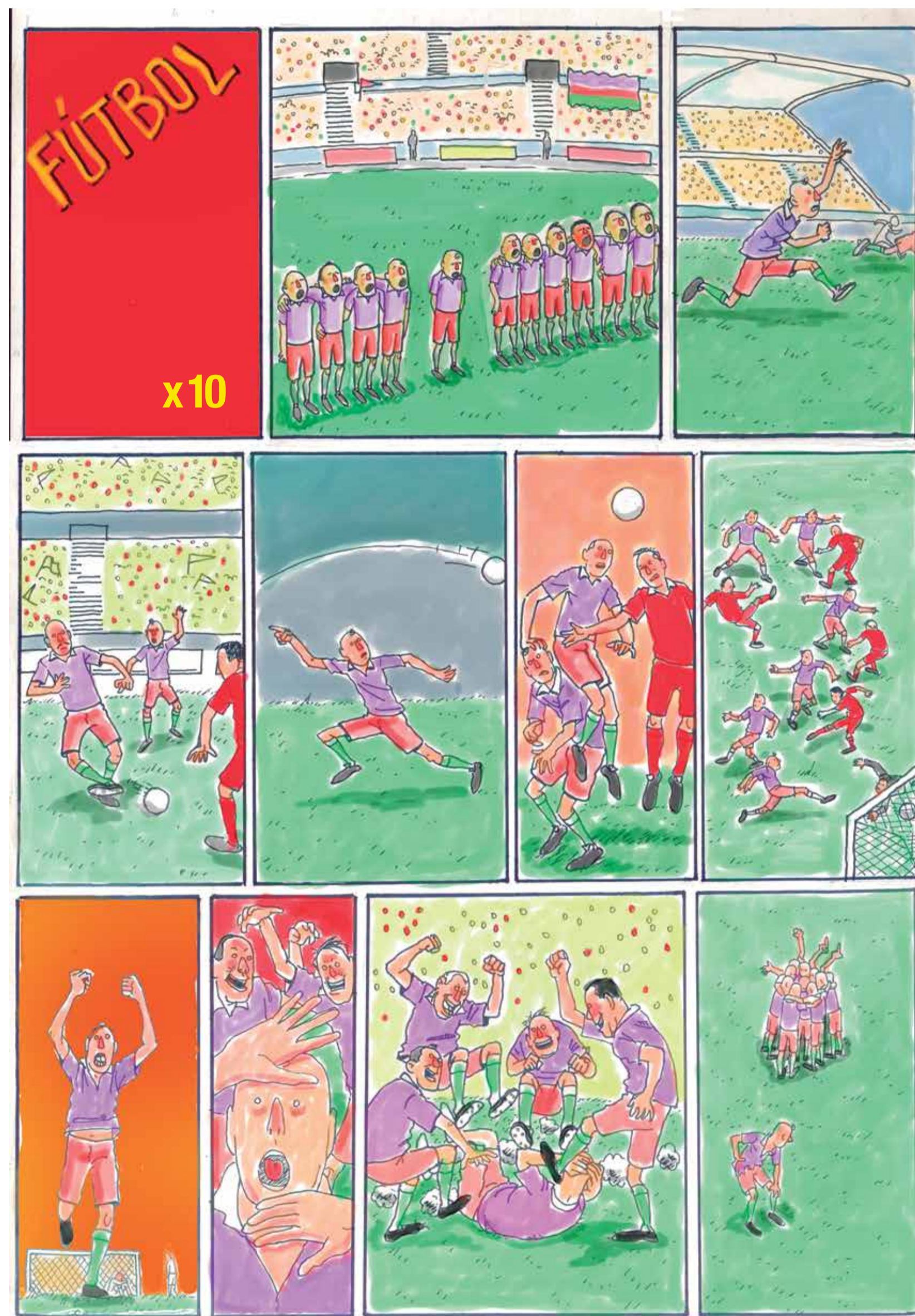
—Bueno, ahora me trae las chancas. Hágame pues. Chao.

—Entonces, ¿en qué íbamos? Ah... sí, que a mí todo el mundo me dice: ‘ay, doña Martha, yo nunca me he comido una empanada como estas. Ay, en ninguna parte yo he visto este ají con zanahoria’. Entonces, de tanto decimen eso, a uno como que lo animan. ¿Quiere jugo? Qué pregunta tan tonta la mía”. Se levanta de la silla, abre la nevera, sirve jugo de mango.

Hace treinta años empezó a vender empanadas afuera de la casa materna, en Aranjuez. Las hacía en fogón de leña con una hornilla que le hizo su papá. Las vendía todas, o casi todas, pero las ganancias no alcanzaban para mantener a los tres hijos y al marido enfermo. Martha se preguntaba qué hacer para ahorrar más. Hizo cuentas y vio que haciendo el ají era en lo que más gastaba, pero como empanada sin ají no es nada decidió hacer un experimento para que le rindiera.

“Empezamos a hacerlo con zanahoria y repollo licuado, pero no me gustó. Entonces lo dejé solo con la zanahoria rayada. Le eché un poquito de esto, un poquito de lo otro y pegó. Hay gente que viene desde Envigado y Bello a comprarme y me dicen: ‘ay, no, es que esas empanadas son únicas’. Yo me inventé ese ají dizque para que rindiera y ahora menos rinde porque como queda tan bueno... Pero es que paga hacerlo porque la gente vive encantada. Que qué ají tan delicioso. ‘Ay, usted de dónde se inventó este ají. ¿Me va a decir la fórmula?’. Yo primero la decía. El que me quitó el vicio fue Camilo: ‘Amá, usted para qué se pone a decir eso. Eso no se puede decir’. Y yo le explicaba, ‘Camilo, aunque ellas lo hagan no les queda igual’. ‘Amá, no digas eso, hacete la bobá’. ‘Ay, ya no la digo. Ya me volví egoísta. Y si la gente supiera la bobada que lleva eso, que no es nada ni siquiera tan especial, eso no lleva nada de raro’.

Vuelve a levantarse de la silla, abre la nevera y saca un tarro lleno de ají. “¿Dulce o picante?”, pregunta y sirve un poquito en una taza, mientras confiesa la pereza que le da rayar la zanahoria. “Eso es muy mamón. Pero vení, ¿eso del ají sí es una innovación? Es que a mí una vez me dijeron, ‘señora, usted por qué no consiampira esas empanadas en el Parque del Emprendimiento’. Yo no sé qué era lo que tenía que ir a hacer allá, que aprendiera dizque a emprender. Yo pensaba ¿Eso si será verdad?”. Carraspea y abre sus pequeños ojos marrones a la espera de una respuesta. Se mira las manos finas, pecosas, cansadas. “Yo digo que sí, pero no sé”.



[www.cinéfagos.net](http://www.cinéfagos.net)

cine colombiano · crítica de cine  
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas



parque  
*explora*  
MEDELLÍN



# EXPERIMENTA *el* FÚTBOL

## FUTLAB

Laboratorio de **goles** en Explora

**Actividades experimentales  
con fútbol**

[www.parqueexplora.org](http://www.parqueexplora.org)

  
Medellín  
todos por la vida



Alcaldía de Medellín